

la
conquista
del
ESPACIO
se

MUERTE EN UNRAR

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Randolph Saab, Ran para los amigos y también para muchos enemigos, se repantigó tan cómodamente como pudo. Sacó del bolsillo el mensaje cifrado en la placa plástica y lo leyó una vez más. Una vez interpretado era claro y escueto, pero a la vez inexplicable. No es que no lo entendiese, sino que no comprendía el porqué de las sugerencias, casi órdenes, encerradas en las líneas codificadas.



A. Thorkent

Muerte en Undar

Bolsilibros: La conquista del espacio - 106

ePub r1.0

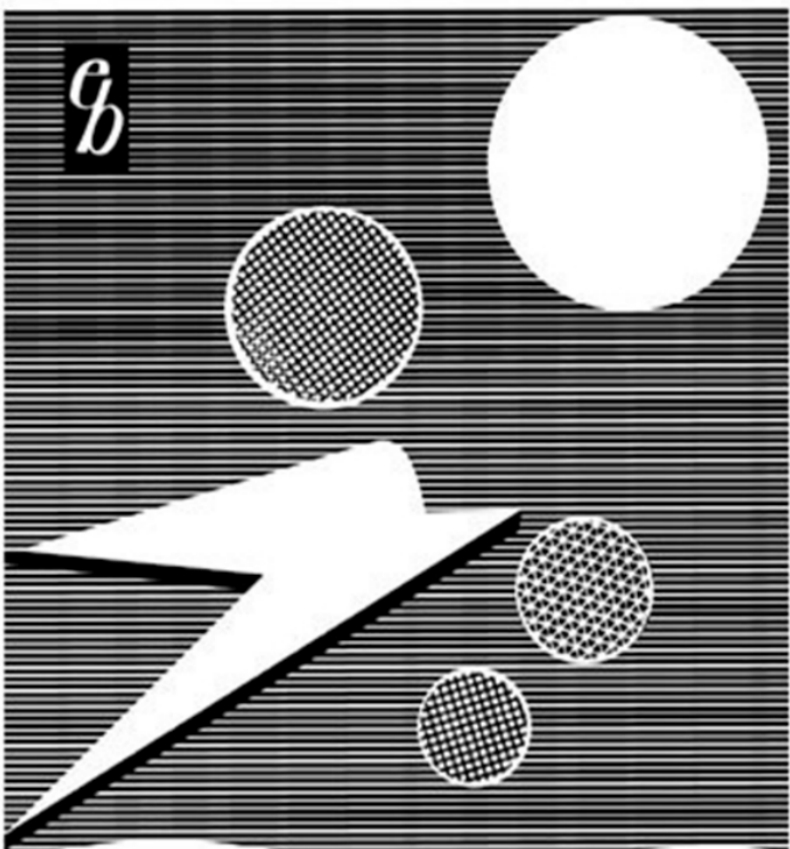
Titivillus 25.09.2019

A. Thorkent, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



eb

A stylized graphic featuring a large white rocket launch plume against a background of horizontal lines. Several circular celestial bodies are depicted: a large white circle in the top right, a circle with a cross-hatch pattern in the upper left, a circle with a star pattern in the middle right, and a smaller circle with a cross-hatch pattern in the lower right.

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MUERTE EN UN DAR

A. THORKENT

1

Randolph Saab, Ran para los amigos y también para muchos enemigos, se repantigó tan cómodamente como pudo. Sacó del bolsillo el mensaje cifrado en la placa plástica y lo leyó una vez más.

Una vez interpretado era claro y escueto, pero a la vez inexplicable. No es que no lo entendiese, sino que no comprendía el porqué de las sugerencias, casi órdenes, encerradas en las líneas codificadas.

El viaje hasta Rengelt, el planeta de los mil placeres, había sido satisfactorio en las cómodas naves, con tres transbordos, de aquella compañía que se estaba imponiendo en las rutas estelares.

El mensaje le pedía observación total, y Ran pensaba que hasta el momento estaba cumpliendo bien. Pero le hubiera gustado saber qué clases de observaciones debía hacer preferentemente.

Había aceptado aquello porque estaba de vacaciones y habría sido estúpido rechazar la oferta de pasar unos días de estancia pagados, con viaje incluido, en el más lujoso y célebre hotel de aquella zona galáctica, que sólo podían frecuentar los millonarios.

Pero Ran nunca pensó, cuando descendió en un colchón de aire del navío hasta los vehículos que aguardaban a los pasajeros en el puerto estelar, que al final iba a resultarle una verdadera ganga.

Un servicial y mudo humanoide le condujo en el vehículo hasta el hotel

Nova-Lux

. Allí sólo tuvo que presentar la tarjeta de identificación para que el conserje le dedicase la más de las cordiales sonrisas, deseándole una feliz estancia en la ciudad.

Le condujeron a él y su equipaje, reducido por cierto, casi en volandas hasta las habitaciones reservadas, que le impresionaron por su grandiosidad. Lo moderno y clásico se combinaban en la

decoración de forma perfecta.

Después de tomar un baño, Ran eligió su mejor traje y salió al pasillo, alfombrado de rojo y que se puso en movimiento al pisarlo, tomando la dirección adecuada a sus pensamientos. Se detuvo delante de un pozo de gravedad, y Ran se dejó caer al vacío.

Descendió suavemente hasta el vestíbulo. Al salir a la calle, un coche volador, lleno de cromo y reluciente, parecía esperarle. El mismo humanoide que le condujo desde el puerto estelar, ¿o era otro?, le abrió servicialmente la puerta. No era tan mudo como creyó al principio, pues le preguntó:

—¿Al casino Galacto, señor?

Ran arqueó una ceja. Estuvo a punto de preguntar al humanoide cómo sabía que pensaba dirigirse allí, pero calló y subió al coche. Era automático y el cerebro electrónico ya debía de tener órdenes precisas, pues lo puso en marcha de inmediato, con decisión.

Después de recorrer unos metros sobre el suelo, levantó el vuelo, sumergiéndose en la densa corriente del tráfico.

Toda la ciudad relucía en millones de alegres colores en el atardecer. La ciudad estaba llena de hoteles, salas de fiestas dedicadas a satisfacer los gustos más refinados y excéntricos de la galaxia. Y sobre todo, de casinos, salas de juego y recintos pensados hasta el más puro refinamiento para satisfacer a los más empedernidos jugadores.

Pero Ran tenía que ir al casino Galacto. El humanoide pareció haberle leído el pensamiento y el automatizado vehículo hacia allí le conducía.

Al cabo de unos minutos se detuvo delante de un edificio que imitaba un castillo del medievo marciano. Era el casino Galacto. Apenas se detuvo el vehículo, una chica graciosamente «vestida» con un sombrerito corrió a abrir la puerta.

Ran descendió y sonrió complacido. Arrojó una moneda a la muchacha, que la recogió en el aire con su sombrero, quedando por unos segundos sin ningún objeto sobre su piel morena y juvenil.

—Gracias, señor —dijo la muchacha—. Suerte.

Se volvió a poner el sombrerito, quedando «vestida» como antes.

Ran pensó que el juego era bonito, pero que le iba a costar demasiado dinero si quería que ella estuviese el suficiente tiempo con el sombrero en la mano para poderle dedicar toda la atención

que merecía su belleza.

Entró en los resplandecientes salones del casino. Allí había docenas de jóvenes con los gráciles sombreritos, que al quitárselos para saludar brindaban a los clientes el erótico espectáculo de poder admirar una anatomía perfecta.

Como allí no solamente los clientes eran humanos, Ran no se extrañó de encontrar seres femeninos de distintas razas, con sus sombreritos, a las que incluso hubiera pagado para no verlas desnudas, tan cercanas estaban de la monstruosidad, según su concepto de la belleza, claro.

Torció el gesto al descubrir, aunque pocos, algunos humanos y humanoides con el mágico sombrero. Tuvo que recordar que Rengelt era un planeta abierto a toda la galaxia y todas las aficiones. Por allí abundaban mujeres y monstruos femeninos, cargadas de joyas y dinero, pero a las que ya no les servía este último para mejorar su aspecto físico. Estaban inmunizadas a la cirugía plástica y las curas de rejuvenecimiento. Alrededor de ellas revoloteaban humanos hermosos atraídos por el esplendor de las joyas, y humanoides repulsivos interesados en acoger entre sus tentáculos a las hembras de sus razas ansiosas de encontrar consuelo a cambio de entregarles parte de sus altas sumas de créditos.

Ran estaba en un ambiente que conocía perfectamente, pero que le desagradaba. Pasó junto a él una jovencísima humana empleada del local y pensó que no había de ser demasiado exigente. Estaba en Rengelt con todos los gastos pagados. En su bolsillo tenía la tarjeta crediticia que recibió junto con el mensaje. Con ella podía realizar una serie de gastos normales, no demasiados, pero sí los suficientes como para poderse llevar un grato recuerdo de su estancia en el planeta de los mil placeres. ¿O debían ser cien mil?

Decidió olvidar por un momento a las chicas y los absorbentes espectáculos que se ofrecían en las pistas. Siempre deseó jugar a los distintos juegos de los casinos de Rengelt y aquélla era la ocasión de hacerlo con un dinero que no era el suyo. Si perdía, no sería él quien padeciera, mientras que si ganaba podía transformar en dinero contante las ganancias y llevárselas a la Tierra.

Se acercó a la ruleta orionita, una versión de la terrestre, pero con la diferencia que existían cuatro colores en lugar de dos. Y

también, por usarse la complicada numeración triple de Orion VI, las combinaciones numéricas eran verdaderamente atractivas.

La cabina de control de tarjetas estaba al fondo del local. Antes de ir hasta allí decidió jugar una moneda de diez créditos totalmente suya. La colocó en el

14 876

, traducción a la numeración terrestre de la versión orionita, ocre, en la casilla que estaba entre el par e impar, y quinta fila. Y. esperó.

Las tres bolitas volaron sobre la ruleta tras ser impulsada neumáticamente por el encargado de la mesa, un vegano de elevada estatura, cuatro pares de brazos con triple articulación y visión especial para ver a través de los objetos. Pero se aseguraba que era asexual y las mujeres y hembras humanoides no tenían por qué preocuparse. Esto era lo que decían los catálogos turísticos del planeta al referirse a los empleados veganos que trabajaban en las ruletas. Ante ello, Ran no pudo por menos que sonreír. No era preciso que el croupier fuese asexual porque tanto las humanas como hembras humanoides pocas partes de sus cuerpos dejaban sin descubrir.

Una tras otra, las tres bolitas fueron deteniéndose. El vegano cantó los resultados en seis idiomas y empezó a retirar las fichas y a pagar.

Ran lo perdió todo y vio desolado cómo su dinero pasaba a engrosar los montones que el ayudante del vegano manejaba con eficacia y velozmente con sus afilados dedos.

Se apartó de la larga mesa y dirigió sus pasos hasta la cabina de control de cambios. Era totalmente automática. El robot le saludó huecamente al acercarse. Introdujo en la ranura correspondiente su tarjeta y pulsó las teclas para marcar la cantidad de cien créditos. No quería abusar de sus generosos anfitriones.

Se llevó una mayúscula sorpresa Ran cuando el robot le devolvió la tarjeta, diciendo:

—No procede, señor.

Ran tomó la tarjeta, estudiándola asombrado.

—¿Qué dices, montón de chatarra? En el hotel me la han admitido.

—No hay error, señor —dijo el robot mientras parpadeaban sus luces—. Es una tarjeta limitada. No válida para obtener dinero.

—Entonces anota la cantidad y pide la transferencia del banco que la respalda.

—Es una tarjeta limitada, señor. No válida para transacciones en los casinos.

Ran masculló unas imprecaciones. El robot notó enseguida la presencia de unos clientes que esperaban detrás del terrestre y dijo con toda cortesía:

—Si no posee otra que pueda atender, le ruego se retire.

Ran retrocedió musitando unas disculpas a dos humanos y cuatro oriundos de Betelgeuse que ya empezaban a mirarle ceñudos.

Poseía su tarjeta personal, con ciertas reservas aún, pero no le satisfacía emplear su dinero en el juego. Diferente hubiera sido con el de los que le habían pedido aquella extraña solicitud.

Ya estaba de mal humor para todo, excepto para tomarse un par de tragos. Posiblemente allí le admitirían la tarjeta regalada. No se equivocó. La muchacha cogió la tarjeta y grabó su combinación en la registradora por la cantidad a que ascendía la consumición de Ran, quien se alegró por ello al comprobar el elevado precio que en Rengelt tenían las bebidas.

Terminaba su tercer combinado plutoniano, helado como el planeta, cuando escuchó una voz a su espalda.

—Debió pensar que no íbamos a permitir que despilfarrase nuestro dinero, señor Saab.

No necesitó volverse para comprender que quién se dirigía a él era una mujer, posiblemente humana. Pero cuando lo hizo se dijo que merecía la pena. Era una belleza, que prodigaba generosamente a la vista de quienes quisieran apreciarla.

—¿Quién es usted? —preguntó, aunque empezaba a adivinarlo.

—Le buscaba. Tengo órdenes de llevarle hasta quien le explicará todo.

Terminó de beber el resto del combinado y asintió.

—Es una buena noticia. Empezaba a impacientarme. La curiosidad me corroía, ¿sabe?

Ella sonrió encantadoramente.

—Me lo figuro.

Ran intentó imaginársela con uno de aquellos sorprendentes sombreritos que volatizaban la ropa. El pensamiento debió de ser tan intenso que su semblante se hizo lo suficientemente revelador

como para que la muchacha se lo adivinara.

—Gracias de todas formas —dijo, empezando a caminar—. Aunque un poco morboso, debo considerarlo como un halago.

El terrestre la siguió desconcertado. Atravesaron varios salones totalmente concurridos. Entraron en la sección de reservados. Ante uno de ellos, la joven sacó de su bolso un codificador, con el que manipuló la cerradura.

En el interior del reservado, amplio y con toda clase de comodidades para jugadores partidarios de la tranquilidad, había dos hombres y un ser procedente de Brundei. Era bastante humano, casi igual a un humano si se olvidaba uno de su tez aterciopelada y rojiza. Y también de sus enormes y puntiagudas orejas.

—Saludos, Randolph Saab —saludó uno de los humanos. Era de mediana edad, al parecer de la Tierra o de alguno de los planetas centrales—. Me llamo Aakon Luppó.

—Estábamos alarmados ante la tardanza de Sordia al encontrarle, amigo —dijo otro. Su robustez y corta estatura le indicaron a Saab que era marciano, descendiente de terrestres, desde luego—. Soy

L'Leum

Harán. Temimos que no se hubiera decidido a venir.

Ran inclinó la cabeza.

—Honrado, caballeros. —Mirando al brundeiano, añadió—: Gracias al haberse presentado ustedes, deduzco que este ser es Eeouh, la notabilidad galáctica en las esferas financieras. Concretamente, en las líneas de navegación. ¿Me equivoco?

—Me alegra que no, Saab —dijo Luppó—. Eso indica que no nos hemos equivocado al recurrir a usted.

—Estoy deseando saber qué es lo que desean de mí.

—Pronto lo sabrá.

—Díganme primero por qué me han hecho venir a Rengelt. ¿No era buena la Tierra o Brundei?

—Rengelt está lo suficientemente alejado de ambos planetas. Lo hemos elegido por eso y para que conozca la eficacia de las Líneas Consolidadas.

—Si no me equivoco, he viajado desde la Tierra en sus naves, ¿no?

—Sí. ¿Qué le parecieron?

—Magníficas naves; estupendo personal. Muy capacitado lo he encontrado. Y bellas las azafatas.

—En el mensaje le pedimos que lo observara todo —recordó Eeouh, fumando su larga pipa de cerámica bella obra de arte de su planeta nativo.

—No sabía concretamente a qué dedicar mi atención.

—También le entregamos una tarjeta monetaria, señor Saab —apuntó Harán.

Entonces Ran torció el gesto, recordando la negativa del robot del casino.

—No muy amplia, por cierto.

—Quiso jugar gracias a ella a la ruleta orionista —explicó Sordia, mordiente.

Los dos hombres y el humanoide sonrieron ampliamente.

Aakon dijo:

—No le hicimos venir aquí para gastar jugando nuestro dinero, Saab, sino para confiarle un trabajo por el que será largamente recompensado.

—Seremos generosos —recalcó Harán.

Ran sacó la tarjeta monetaria y la hizo saltar sobre su mano derecha.

—No lo han demostrado por ahora.

—Olvide eso por ahora. Luego hablaremos de sus honorarios. Antes debemos ponerle al corriente de los hechos.

Saab se sentó en uno de los sillones y aceptó la copa que le ofrecía Sordia.

—Escucho —dijo Ran.

—Usted pagó su pasaje con la tarjeta. ¿Qué conclusiones sacó de ello? —preguntó Eeouh.

Ran entornó los ojos. Después de unos segundos, respondió lentamente:

—No sé con exactitud. Aparte de su baratura...

—¡Exacto! —exclamó Luppo—. No le dé más vueltas, Saab. Ha puesto el dedo en la llaga.

—¿De veras? No sé todavía...

—La compañía de navegación que nosotros administramos, la Unión Transestelar, está siendo barrida en todas las rutas por la joven y feroz competidora.

—¿Por qué? Tenía entendido que eran los más fuertes.

—Lo fuimos. Ahora lo es la Consolidada. Nos hace una competencia feroz. Lo que al principio parecía una quimera de unos chiflados se ha convertido en un tremendo problema para nosotros.

—¿Cuál es la causa?

—Los precios.

Ran cerró los ojos. Aquello empezaba a olerle mal. No era lo suyo las sórdidas guerras comerciales entre dos poderosas compañías. Se levantó y caminó hasta la puerta.

—Lo siento, señores; pero me temo que se han equivocado conmigo. Olvídense de Randolph Saab.

2

Aakon Luppo se levantó rápidamente y alcanzó a Ran antes que éste llegase a la puerta.

—Un momento. ¿No le parece que ha hecho un viaje demasiado largo para marcharse sin terminar de escucharnos?

Saab se encogió de hombros.

—No he perdido mucho. Estoy de vacaciones.

—Pero dejará de ganar una buena cantidad, amigo Saab —intervino

L'Leum

Harán.

—Aún no me han dicho cuánto.

—Nuestro amigo terrícola desea saber antes cuáles serán sus beneficios que conocer los detalles —dijo sonriente Eeouh—. Siéntese y escuche, Saab. Por favor.

Randolph volvió a tomar asiento. Rápidamente, Sordia le colocó entre las manos un nuevo vaso de licor.

—Hable —dijo Ran—. Empiece por la oferta. Les recuerdo que soy un hombre caro.

—Lo sabíamos —asintió Luppo—. Le entregaremos diez mil créditos simplemente por un mes de trabajo, triunfe o no. Pero si consigue lo que nosotros deseamos, la suma ascenderá a cien mil créditos.

—Es una cantidad estupenda —añadió Harán.

Ran cerró los ojos. Los abrió y dijo:

—Tengo que admitir que sí. —Al mismo tiempo, pensaba que nunca en su vida había ganado tanto dinero.

Aquello suponía más de cinco años de trabajo intensivo... y afortunado.

—Ahora pasemos a los hechos... —empezó diciendo Luppo.

Pero Ran le contuvo con un movimiento terminante.

—Un momento. Todavía no sé si la cantidad será adecuada para lo que esperan de mí. Ignoro la índole de la misión. Pudiera ser que no aceptara.

Los tres seres gruñeron y Luppo, tosiendo, dijo:

—Dejemos los regateos para más tarde. Le hemos elegido a usted, Saab, porque donde queremos que vaya es completamente desconocido y sabemos de sus artimañas para salir de los trances más difíciles. Conocemos muchas de sus situaciones apuradas de las que escapó de forma altamente satisfactoria.

—Deje de alabarme y vayamos al grano.

—De acuerdo. Usted no lo apreció totalmente porque tal vez no esté al tanto de las tarifas de nuestras líneas estelares. Le aclararé, por tanto, que la Consolidada lleva unos precios para el pasaje y flete de mercancías que suponen un treinta y a veces incluso un cincuenta por ciento más baratos que los nuestros.

—Ésa es la competencia —comentó Ran.

—No es posible tal competencia, se lo aseguro. Nos hemos estrujado el cerebro y el de un millar de técnicos para averiguar cómo la Consolidada puede trabajar con tan reducidas tarifas. Los computadores y cerebros electrónicos tuvieron dolor de cabeza de tanto que los hicimos funcionar. Al final, todas las conclusiones tanto humanas como mecánicas fueron las mismas; es totalmente imposible, teniendo en cuenta los actuales costes, que la Consolidada pueda mantenerse sin ir a la bancarrota.

—Es posible que dispongan de suficientes fondos o se aprieten el cinturón hasta que su Unión Transestelar desaparezca —dijo Ran—. Entonces sólo tendrían que subir los precios y recuperarse en poco tiempo al carecer de competencia.

—Lo insólito del caso —dijo sonriendo amargamente Harán— es que nuestros competidores, según hemos podido informarnos secretamente, consiguen beneficios sustanciosos. ¿Cómo es posible tal cosa?

—Mejor organización, ¿no? ¿Por qué no admiten que la Consolidada posee gente más capaz, menos parásitos que ustedes, los gastos justos...?

—Nada de eso, Saab —dijo contundentemente Luppo—. Disponen de los mismos gastos nuestros, exactamente. Una nave tipo

, igual que las que utilizamos, les ocasiona idénticos gastos ir de Rugghal a Lira que a nosotros, excepto en una cosa.

—¿Cuál es?

Aquí sonrió torvamente Luppo.

—Hemos llegado a la determinación de que el misterio radica en el combustible.

Ran recordó que las líneas comerciales, a diferencia de las unidades militares, usaban un combustible distinto, más caro, pero que abundaba. Y también pensó que el precio del combustible comercial, un isótopo del plutonio enriquecido, costaba igual en todas partes de la galaxia. Además, el sistema de impulsión superlumínica de las naves civiles sólo admitían tal tipo de combustible. Terminó por no entender nada después de sus cavilaciones.

Luppo pareció interpretar su gesto y se apresuró a decir:

—Sé que es difícil de creer, pero es así. Hemos computado todas las teorías y sistemas y el resultado no falla; la Consolidada sólo puede reducir los precios porque consigue de alguna forma que ignoramos la energía suficiente para sus naves a precios escandalosamente bajos.

—¿Cómo es posible?

—Eso nos gustaría saber, Saab. Para eso le hemos llamado.

Ran empezó a meditar profunda y rápidamente. El caso, desde luego, era interesante; pero bastante complicado. No era su especialidad el espionaje comercial, pero el recuerdo de la cifra prometida era suficiente para hacerle cambiar de criterio.

—Necesitaré datos. Muchos datos —dijo Randolph—. Tal vez tenga que ir a Brundei o la Tierra para que me los proporcionen.

—No será preciso. Todo cuanto necesite de la forma de funcionar las líneas comerciales estelares, sus problemas y demás lo tenemos aquí —dijo Luppo, señalando a Sordia.

Ran se volvió hacia ella sorprendido.

—¿La chica?

Sordia sonrió encantadora.

—Le aseguro que sé tanto como un archivador electrónico. Y no soy tan fea como uno de esos aparatos.

—De lo último estoy seguro. Pero de lo otro...

—Pronto se convencerá —dijo Luppo.

—Aún no terminamos de concretar mis honorarios.

Los dos humanos y el brundeiano le miraron extrañados.

—Pensamos que estaba de acuerdo. Diez mil ahora mismo, no importa el resultado que obtenga y cien mil si nos dice cómo lo hacen los de la Consolidada para llevarnos a la ruina.

Ran torció el gesto como disgustado.

—Olvidamos el tiempo que tendré que emplear, triunfe o no.

Luppo gruñó. Después de consultar con la mirada con sus compañeros, resopló y dijo:

—Está bien. Percibirá cinco mil créditos mensualmente mientras trabaje.

Ran sonrió divertido.

—Podría engañarles.

—No lo hará. Le tendremos vigilado.

—¿También van a contratar otros investigadores para estar seguros que no les robaré su dinero?

—Sordia estará siempre cerca de usted.

Saab la miró y estudió atentamente el cuerpo firme y generoso de la muchacha. Se alzó de hombros, diciendo:

—Con esta propina que añaden a la oferta, no puedo rechazarla.

Los dos humanos y el brundeiano caminaron hacia la salida. Luppo fue el último en salir y dijo desde la puerta:

—Eso dependerá de usted totalmente, amigo Saab. Y de ella, claro. Sordia no tiene otras órdenes nuestras que informarle de todo lo referente al asunto. Suerte. Nos volveremos a ver.

Apenas se cerró la puerta, la muchacha le dijo:

—Empezamos a trabajar, ¿no?

Saab se incorporó y empezó a tomarla entre sus brazos. La muchacha se apartó de él sin demasiada violencia, incluso sonriendo insinuada. Dijo:

—No corras tanto, amigo. Además, tengo un hambre atroz.

—Eres prosaica —se quejó Saab, suspirando exageradamente. De acuerdo. Supongo que en este casino tan lujoso no faltará una buena cocina terrestre.

—Desde luego, pero prefiero comer en el Mar Rojo.

—Tú mandas, encanto.

—Allí, mientras comemos, te empezaré a poner al corriente.

Saab refunfuñó.

—Siempre me ha gustado la buena mesa y charla amena. ¿Por qué no lo dejamos para otro día?

Por toda respuesta, ella le colocó entre las manos varios rectángulos de delgado metal, flexible. Eran billetes de platino de mil créditos cada uno, con valor en el ochenta por ciento de los mundos de la galaxia. Algo mejor que las restringidas cartas monetarias, que en muchos sitios poco civilizados no valían ni el material en que estaban confeccionadas.

—Desde que salieron los jefes ya estás trabajando para nosotros —dijo Sordia, mientras tomaba de una silla una delicada capa escarlata que entregó a Saab para que la ayudara a colocársela sobre sus desnudos hombros.

Al ponerle el cierre, el terrestre dejó caer sus manos sobre los pechos de la muchacha. Ella se volvió y le tomó del brazo, invitándole a salir del reservado.

—Comamos primero.

Saab soltó unas maldiciones. Siguiéndola, dijo:

—Y charlemos mientras tanto. Lo sé. ¿Y luego?

Sordia soltó una carcajada y Saab pensó que la muchacha estaba muy equivocada si pensaba seguir jugando con él por mucho tiempo.

El Mar Rojo era un restaurante al viejo estilo terrestre. Allí no había robots ni servicio mecanizado de ninguna clase. Incluso como una nota más de atavismo, el servicio estaba compuesto exclusivamente por seres humanos. Nada de mujeres, si se exceptuaba la encargada del guardarropa. El local estaba algo apartado de la ciudad, a unos cincuenta kilómetros. Se levantaba sobre la costa y su terraza se adentraba en el ferruginoso mar, que a aquellas horas del atardecer en Rengelt ofrecía un más intenso color escarlata.

La pareja había encontrado una pequeña mesa junto a la balaustrada. Fueron servidos pronto, una vez que eligieron el menú. Saab se hizo un cálculo mental de cuánto podía costarle aquello. Con lo que le iban a cobrar allí hubiera podido comer dos meses en los comedores automáticos. Pero Saab no era tacaño. Cuando disponía de dinero y estaba acompañado al lado de una mujer bonita, todo le parecía poco para regalarse el paladar. Pidió

champaña terrestre, solicitud que fue recibida por el camarero con una sonriente expresión, pensando tal vez que con aquello la factura subiría unos veinte créditos más.

—¿Eres terrestre, Sordia? —preguntó Randolph, mientras se llevaba a los labios la burbujeante copa.

—Casi. Mis padres sí lo eran. Emigraron a un mundo olvidado que se abrió a la colonización. Yo nací al poco de que llegaron ellos. Les gusta la vida natural. Viven en una granja que yo siempre detesté —sonrió, añadiendo—: Tan pronto como pude, una vez que terminé mis estudios, embarqué para Brundei. Es un buen planeta, con trabajo para todo el mundo. Allí encontré uno que me gustó. Lo dejé cuando supe que necesitaban personal especializado en relaciones públicas para la U. T. Y en ella llevo tres años.

—Por cierto, ejerces unas relaciones públicas un tanto extrañas, ¿no?

—Al principio sólo hice trabajos sencillos, pero me fueron ascendiendo. Mi llegada coincidió con la expansión de la Consolidada. Muchos de mis compañeros de trabajo, oficinistas y navegadores no pudieron resistirse a los tentadores sueldos que les ofrecía la competencia. Yo me quedé y alcancé un alto puesto a causa de las vacantes. Esto me recuerda que debemos hablar de lo más importante.

Saab sonrió halagador.

—Lo estamos haciendo. Hablamos de ti.

Ella consideró la adulación con un movimiento de cabeza.

—Gracias —dijo también—. Pero es un buen momento para que te vayas enterando de todo el embrollo. El champaña es exquisito.

—Si no hay otra alternativa... —suspiró Saab, volviendo a llenar las ya vacías copas.

—La Consolidada comenzó a funcionar hace unos quince años, como otras tantas compañías pequeñas que pululan por la galaxia conformándose con lo que las poderosas no quieren aceptar. La U. T., como es lógico, no le prestó al principio la debida atención. Cuando se percataron, la Consolidada trabajaba en todas sus rutas y se llevaba la mayor parte de la clientela. Intentaron reaccionar y resultó tarde para remediar el mal. Como te dije antes, muchos de los mejores cerebros de la U. T. se marcharon a la Consolidada y la situación empeoró. Mi compañía no tuvo otra alternativa que elevar

los sueldos, que ya eran bastante buenos, con lo que su situación económica empeoró. Resisten como pueden, pero saben que no podrán durar más de un año. Todo cuanto te dijeron los jefes es rotundamente cierto. Yo misma he podido comprobar que los resultados de las investigaciones son correctos. El secreto de la competencia de la Consolidada radica en que deben de obtener de alguna forma energía para sus naves a bajo coste.

Saab había abandonado su frivolidad. Ahora era el investigador. Seriamente, preguntó:

—Me supongo que habréis intentado localizar la fuente energética de la Consolidada, ¿no?

—Desde luego, pero siempre con fracasos. Se han seguido muchas pistas, y todas terminaban en un alto muro infranqueable.

El terrestre intentó hacer memoria.

—Me parece que la central de la Consolidada está en Undar, un planeta asociado al Orden, pero no integrado en él.

—Sí. Undar está en una zona galáctica que se resiste a integrarse plenamente en el Orden Imperial. Como observa las leyes de la galaxia, el alto mando del Orden ha tenido que abandonar la idea de la integración. Si Undar hubiera accedido, toda la zona de su influencia le habría seguido.

—Sin embargo, la Consolidada explota las líneas comerciales de los mundos acogidos al Orden. Por ejemplo, Brundei pertenece a él y se encuentra seriamente amenazada una poderosa compañía suya, la U. T., por la competencia extranjera. ¿Cómo es posible eso?

—Fue una jugada astuta de Undar, Randolph —sonrió Sordia—. Muchos años antes de fundarse la Consolidada, Undar firmó un tratado comercial con el Orden, por el cual ellos permitían que las naves de la galaxia explotasen las rutas de su planeta y los de su influencia. La Tierra creyó hacer buen negocio, maniobra que aplaudió la U. T. Pero luego surgió la Consolidada y todos se sintieron engañados. Como todo entra en la legalidad, los tribunales galácticos se tuvieron que resignar, y con mucho pesar decir a la U. T. de Brundei que nada podían hacer.

—Es posible que Undar lo tuviera todo proyectado.

—No. Sabemos que el Gobierno de Undar es ajeno totalmente a la Consolidada. Por supuesto que les agradada que una compañía suya esté a punto de llevar a la quiebra a otra del Orden. No lo han

hecho aún porque no ha llegado el caso, pero de ser preciso Undar actuaría para defender los intereses de la Consolidada. Saben que está dando en la galaxia mucho prestigio al planeta.

Saab apuró la copa y fue a llenarla. La botella estaba vacía y pidió otra.

—Creo que el Orden debió realizar investigaciones por su cuenta. Si todo resulta tan extraño, es lógico que sus dirigentes velen por las leyes. Es posible que haya algo turbio en todo esto.

—El Orden hizo algunas leves investigaciones, alegando unas ordenanzas. Pero también fracasó. Si Undar consigue energía para las naves de la Consolidada a bajísimo precio, esto es asunto interno. Incluso permitieron cortésmente que se investigasen los transportes. Los técnicos del Orden se encontraron con naves fabricadas en los mundos del Orden y energía como la que usan los de la U. T. Recogieron el rabo y con él entre las piernas se retiraron un tanto avergonzados.

—¡Demonios! Con estos datos no sé por dónde empezar.

—Es obvio.

—¿El qué?

—Las explicaciones están en Undar.

—Es posible.

Sordia sonrió divertida.

—¿Acaso voy a tener que sugerirle que vayamos allí?

3

Regresaron a la ciudad en un vehículo automático de alquiler. Cuando las luces de la urbe estaban cercanas, Sordia dijo:

—Te veo muy pensativo, Randolph. ¿Acaso no te agrada la idea de ir a Undar?

Éste se encogió de hombros.

—No tengo ningún temor; pero me pregunto por dónde comenzaremos una vez allí.

—En Undalar, la capital, tenemos unos enlaces. Nos prometieron que dentro de unos días tendrían noticias. Serán los que necesitemos para llegar al planeta.

Después de un corto silencio, Saab dijo:

—Aún queda algo que no comprendo.

—¿Qué es?

—La U. T. desea saber cómo obtiene energía barata la Consolidada. Supongamos que averiguamos que es mediante un tratamiento nuevo, que reduce los costes, pero que no logramos saber la fórmula. ¿Qué ganaréis vosotros entonces?

Sordia movió la cabeza, un tanto disgustada.

—Pensé que habías llegado a la conclusión de nuestras intenciones, Ran.

—Lo único que se me ocurre es que esperáis enteraros de que la Consolidada está vulnerando alguna ley galáctica.

—Exactamente —sonrió Sordia complacida—. Si lo logramos podemos obligar al Orden a intervenir.

—Abaratar los precios no es un delito.

—Cierto. Pero confiamos en que la Consolidada está fuera de la ley. Si no nos equivocamos, ni su orgulloso Gobierno de Undar podrá impedir que intervenga el Orden.

El vehículo se detuvo en el aparcamiento del hotel Nova-Lux

Cuando descendieron de él, Sordia aclaró:

—Yo también tengo habitación reservada aquí.

—Espero que se halle en mi mismo piso —dijo Saab, riendo. Había dejado a un lado la seriedad. Volvía a ser el personaje frívolo que había viajado hasta Rangelt para divertirse.

Caminaban hasta los pozos gravitatorios y Sordia dijo:

—Están juntas; pero siempre acostumbro a cerrar por dentro.

—Me gusta la idea —asintió Saab—. No me agradan las interrupciones cuando hago el amor con una chica.

Sordia rió y Saab la tomó por la cintura para lanzarse juntos por el pozo. Cuando llegaron al piso donde tenían las habitaciones se agarraron en los asideros.

Recorrieron los deslizantes pasillos alfombrados, riendo Sordia ante las palabras que Saab le susurraba al oído.

Se detuvieron ante una puerta y Sordia extrajo una llave.

—¿La mía? —preguntó antes de introducirla en el codificador.

—¿Por qué no? Me complacen los detalles femeninos. Estarás más cómoda.

—No habrá champaña... —empezó a decir ella.

—Lo pediremos.

Entraron y Saab pensó que lo mismo hubiera sido una habitación que otra.

Era idéntica a la suya.

Después de besarse, el terrestre recordó la bebida.

Disculpándose, se dirigió al comunicador.

Antes de llegar a él zumbó el avisador.

Saab se volvió para preguntar a Sordia:

—¿Esperabas una llamada?

Ella negó con la cabeza en silencio.

—Contesta —pidió—. Pueden ser los jefes.

—Pues los mandaré al infierno si son ellos —refunfuñó el terrestre, mientras movía una palanca.

La pantalla se iluminó. Apareció un rostro serio, que no demostró ninguna sorpresa al encontrar en la habitación de Sordia a un hombre. Por el contrario, parecía esperarlo.

—¿Puede concederme unos instantes, señor? —preguntó la imagen.

Hacía algún esfuerzo para ver si había otras personas en la habitación.

Sordia lo interpretó así también y se apartó del campo visual del desconocido comunicante.

—¿Quién es usted? —preguntó Saab, observando de reojo a Sordia.

—Mi nombre no importa. Deseo hablar inmediatamente con usted.

—Hágalo. Y dese prisa.

—Debe ser una entrevista personal.

—Déjelo para mañana.

—Es preciso que sea hoy. Ahora mismo. Lo siento. Por aquellas palabras, Saab comprendió que el desconocido sabía que se encontraba acompañado por una mujer y que aquella habitación no era la suya. Eran suficientes datos para despertar la curiosidad.

—¿Dónde está?

—Muy cerca. En su habitación. Le espero. Venga solo, por favor. El terrestre no tuvo tiempo de responder. La pantalla se apagó.

Sordia se acercó a él con gesto preocupado.

—No vayas —dijo—. Avisa a la dirección para que lo echen, que avisen a la policía.

Saab movió la cabeza vigorosamente.

—Ese tipo parece conocerme, pero no lo suficiente para saber mi nombre. Sabe que estoy contigo y debe suponer que... Lo siento. Piensa que eres sólo una aventura. Pero debe de sospechar algo. Tal vez me siguió. O siguió a los jefes de la U. T. y me vio entrar en el reservado del casino. Luego debió de seguirnos hasta el restaurante y más tarde hasta aquí.

—No me gusta esto.

—¿Qué sospechas?

—No lo sé. Es posible que sea un emisario de la Consolidada. Ellos saben que estamos intentando descubrir su secreto.

—Entonces mejor. Ojalá no te equivoques. Será un buen comienzo. Por lo general me gusta entrar en contacto pronto con la otra parte.

Saab sacó su pequeña pistola de calor y la examinó atentamente.

Luego revisó distintos dispositivos de su cinturón, disimulados en la decoración de cuero y metal.

Antes de salir volvió a besar a la muchacha, diciendo confiado:

—Espera. No tardaré.

Pero ella le vio alejarse con preocupación.

Al salir al corredor, Saab no pisó la alfombra deslizante. Se acercó lentamente hasta la cercana puerta. Pasó por ella y alcanzó el otro extremo del pasillo. No veía a nadie. Retrocedió hasta la entrada de su habitación y utilizó el codificador para abrir la puerta.

La habitación estaba encendida, como si el desconocido personaje quisiera indicarle desde el primer momento que no debía temer nada de él.

Estaba sentado en un sillón frente a la entrada. Al aparecer Saab no se levantó, limitándose a sonreír ampliamente, mostrando unos dientes blancos y perfectos. Demasiado perfectos para ser naturales.

—Hola. Es ridículo que le pida que se siente, señor; está en su habitación.

Saab cerró la puerta y se plantó delante del desconocido.

—Antes le pregunté su nombre. Dígamelo ahora.

—Llámeme Long. ¿Y el suyo?

Saab sonrió esta vez. Le tranquilizaba que el llamado Long no supiese el suyo.

Dijo:

—Randolph Saab.

—Supongo que un investigador célebre. ¿La cara que tiene ahora es la suya?

—Sí. Me gusta.

—Usualmente suelen usar otra diferente los investigadores privados de la Tierra cuando trabajan.

—¿Quién le ha dicho que yo trabajo ahora? —sonrió, inocentemente Saab—. Estoy de vacaciones.

Long se levantó y paseó delante de Saab dando evidentes muestras de estar perdiendo la paciencia.

—Dejemos de disimulos, Randolph. Los tipos de la U. T. se creyeron muy listos haciéndole venir aquí y alquilando un reservado en el Galacto.

—Parece usted saber mucho, amigo.

—Lo suficiente, Saab. Por lo tanto, no pretenda hacerme pasar por tonto. Pese a las precauciones que adoptaron lo oí todo.

—¿Qué quiere decirme dándome a entender que es usted muy listo?

—No lo sea usted también. Acepte mi proposición y no se arrepentirá.

—Ignoro cuál pueda ser...

—No le voy a pedir que rechace el trabajo de la U. T. Eso levantaría sospechas y buscarían tarde o temprano a otro investigador después de despedirle a usted. Le tienen bastante confianza, Saab. Le propongo que les haga creer que está con ellos, que trabaja intensamente. Siga pistas falsas. Esté así unos meses.

—No me gusta engañar a mis clientes. Además...

—Sí. Sé que también le han prometido una fuerte prima en caso de obtener éxito. Cien mil créditos exactamente. Nosotros podemos doblar esta cantidad si obedece nuestras instrucciones.

Saab entornó los ojos, como si calculase mentalmente los beneficios.

—Es interesante su propuesta.

—No puede ser más conveniente para usted —dijo complacido Long.

—Demasiado generosa, me parece.

Long se puso instintivamente en guardia. Preguntó:

—¿Qué quiere decir?

—Que parece que me sobrevaloran o... tal vez no quieren correr riesgos.

—Digamos que es lo último, Saab.

Ran suspiró y se cruzó de brazos.

—Me hubiera agradado mucho no haberle escuchado, Long.

—¿Por qué?

—Es tan tentadora su oferta que he estado a punto de aceptarla.

—¿Es que la rechaza?

—Desde luego. Me gusta el dinero, pero tengo mi ética personal.

La seriedad del rostro de Long desapareció para dejar paso a una ladina sonrisa.

—Ya entiendo —dijo—. Usted pretende que le suba la suma, ¿no? Es comprensible. Estoy autorizado a llegar hasta el cuarto de millón de créditos. De ahí no paso.

—Sus jefes son muy generosos. Me figuro que son los de la Consolidada, ¿no?

—Eso no viene al caso. Por última vez, Saab, ¿acepta?

—Es usted terco. Di por supuesto que había entendido que no.

—Hace mal. Su respuesta disgustará a mis jefes.

—Estoy seguro. Tendrán que enfrentarse conmigo.

—Ellos no le temen. Querían evitar su muerte y de paso que otro investigador ocupase su puesto. Estoy seguro de que el próximo no será tan tonto como usted.

—¿Tan seguro está que los de la U. T. tendrán que buscar otro?

—Sí. Además de la oferta de dinero tengo otras órdenes superiores; la de matarle si se obstina en ser honrado.

Con las últimas palabras, Long sacó una diminuta pistola, con la que encañonó a Saab.

Éste no se inmutó, mirando a hombre y arma con desprecio.

—No se atreverá a matarme aquí. La policía de Rengelt es eficiente. Le cazarían antes de escapar. Por nada del mundo desean que la galaxia piense que este planeta carece de ley.

—No encontrarán su cuerpo, Saab —sonrió Long—. Usted conoce esta clase de arma. Dispara un chorro de arena que le convertirá en partículas pequeñas de carne y huesos, sin que se derrame una sola gota de sangre. Luego sólo tendré que barrer el cuarto y arrojar sus restos por el desagüe. No habrá ruidos. Y al no encontrar su cadáver será difícil que puedan probarme algo.

Saab comprendió lo difícil de su situación. Sin perder la compostura, dijo:

—Una joven estaba conmigo, y me está esperando. Se extrañará cuando no regrese.

—Esa clase de mujer con la que estaba no es problema para mí. Cuando se canse de esperarle se marchará. Adiós, Saab.

—Espere —dijo el terrestre—. Quizás acepte su propuesta. Será mejor que...

—No. Ya es tarde. Adiós repito.

Y levantó unos centímetros el arma, apuntándola al pecho de Saab.

Era el mejor lugar para que la acción desintegrante de la deshidratada arena cumpliera su cometido.

Saab consideró que había llegado el momento de jugarse el todo por el todo. Velozmente sacó su pistola, también de arena, y disparó contra Long al mismo tiempo que el arma de éste funcionaba y le

alcanzaba.

Simultáneamente, desde el fondo de la habitación, Sordia había aparecido por la puerta de comunicación y lanzaba un dardo energético contra la figura ya vacilante de Long.

La muchacha chilló horrorizada al ver cómo el disparo de Long estallaba en el pecho de Saab. Pero mientras Long caía al suelo convertido en lluvia diminuta de partículas, el terrestre sólo daba unos traspiés, ligeramente conmocionado.

Sordia corrió hacia él, extrañada de no verle atomizado.

—Vi que te alcanzaba —dijo.

Su disparo de energía había achicharrado un sillón al pasar a través del cuerpo pulverizado ya de Long, y ardía ligeramente. Saab terminó de sofocar las llamas. Luego se volvió hacia Sordia, pretendiendo sonreír con ánimo, aunque sólo reflejó una mueca de dolor.

—Tengo que ir prevenido, cariño —explicó—. Llevo un alojador de arena en el pecho. El tonto de Long no lo hizo y ya ves cómo ha terminado. Pero, de todas formas, gracias por pretender ayudarme.

La chica miró la marcha gris de polvo que ahora era el cuerpo de Long. Preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

—Nos desharemos del emisario de la Consolidada de la misma forma que él pretendía hacer conmigo. Y luego tomaremos la primera nave que salga hacia Undar.

Sordia emitió una sonrisa intrigante.

—¿Mañana? —preguntó.

Saab se encogió resignado de hombros.

—No. Ahora mismo. Parte una nave para Undar dentro de diez minutos. Y lo peor es que...

—¿Qué es lo peor, Randolph?

—Que esa dichosa nave no dispone de camarotes para dos personas, me parece.

—Tal vez tengamos suerte. Con una buena propina al contramaestre...

Saab la empujó hasta su habitación, diciéndole:

—No bromees. Haz tu maleta. Te espero dentro de cinco minutos abajo.

Ella se marchó riendo y Saab tomó el aspirador para hacer

desaparecer hasta la última partícula de Long.

4

El navío de línea sólo empleaba tres días en efectuar el recorrido de ocho años luz desde Rengelt hasta Undar. Y la mayor parte del tiempo lo empleaba en descender a los diversos planetas de la ruta para efectuar las escalas.

Naturalmente, pertenecía a la Consolidada. La U. T. apenas si mantenía dos o tres líneas con Undar, pese a las elevadas pérdidas. Era ya cuestión de honor, y sobre todo, para no perder el contacto con el planeta sede de la compañía que los estaba llevando a la total quiebra.

Pero los aparatos de la U. T. no cubrían el recorrido Rengelt-Undar desde hacía varios meses. Rengelt cobraba altos derechos de uso de sus astropuertos, circunstancia que a la Consolidada no parecía preocupar.

Sordia y Randolph Saab subieron a bordo de la nave apenas a tiempo. Conseguir el pasaje les costó una buena propina; el rengeltiano, pese a tomarla, no abandonó su actitud altanera.

Una vez en pleno viaje, Sordia se llevó la mayor sorpresa de su vida. También le hizo pensar que el proceder de los hombres era desconcertante en todos los planetas. Incluso empezó a formarse una idea bastante pobre de Saab.

El terrestre se encerró en su camarote desde el primer momento y en él estuvo tres días seguidos, comiendo allí y no abriendo la puerta para nada.

Cuando faltaban pocas horas para llegar a Undar, un oficial se acercó a Sordia cuando ésta terminaba de cenar.

—Perdone que la moleste, señorita.

Con gesto aburrido, Sordia preguntó:

—No se preocupe. ¿De qué se trata?

—Hemos consultado los registros y comprobado que usted y el señor Saab embarcaron juntos en Rengelt.

Sordia enarcó las cejas, extrañada.

—¿Qué tiene eso de particular?

El oficial sonrió ampliamente.

—Nosotros observamos rigurosamente los deseos de nuestros pasajeros, señorita. El señor Saab ha pedido que no se le moleste. Por lo tanto, no sabemos cómo podemos hacerle llegar un mensaje que acabamos de recibir para él. Pensamos que usted tal vez podría...

Sordia se levantó de un brinco.

—Sí, soy amiga de Randolph Saab —dijo—. Deme ese mensaje. Yo se lo entregaré. ¿Por qué no se lo han dicho por el visor?

—Lo tiene desconectado —el oficial entregó un tubo metálico a Sordia. Antes de marcharse dijo—: Gracias por su gentileza.

La muchacha tomó el tubito y lo examinó. No sería muy difícil de abrir y colocarlo en cualquier lector para conocer su contenido, a no ser que estuviese en clave. Entonces necesitaría algún tiempo para descifrarla. Se encogió de hombros y caminó hasta el camarote de Saab.

Como siempre, se encontró con la puerta cerrada. Llamó con insistencia, empleando el código de alarma. Estaba a punto de marcharse resignada y devolver el mensaje al oficial cuando la puerta se abrió silenciosamente.

Sordia entró en el camarote. En el primer vistazo no vio a nadie. La silla que estaba delante giró y la persona que la ocupaba la hizo estremecer con tan sólo su aspecto, con su rostro.

—¿Quién es usted? —le preguntó Sordia, bajando la mano hasta su bolso, donde guardaba la pistola—. ¿Dónde está Saab?

El desconocido sonrió ampliamente, satisfecho.

—Celebro que no me hayas reconocido, encanto.

—¡Randolph! —musitó Sordia, identificando la voz—. ¿Cómo es esto?

Saab distendió los músculos del rostro. Ya no era totalmente el desconocido, pero tampoco el mismo. Se dirigió al lavabo, lleno de frascos, tarros y docenas de pequeños aparatos.

—He estado muy ocupado preparando mis disfraces. Éste era el último que quería ensayar. ¿No sabes a quién trato de imitar?

Ella negó con la cabeza.

—Claro. Tú apenas tuviste tiempo de verle —echó Saab el

líquido de una botella en el recipiente, humedeciendo en él un paño, con el que empezó a frotarse el rostro—. Era el más difícil. Y también con él correré el mayor riesgo si me decido a usarlo.

—Estamos a punto de llegar a Undar, Saab —recordó el mensaje y le tendió el tubito—. Te traigo también esto. Es urgente, pero como pusiste en la puerta que no deseabas ser molestado no se atrevían a entregártelo. Ya conoces las reglas...

Saab tomó el mensaje y lo introdujo en un lector.

Ya tenía el rostro totalmente limpio. Volvía a ser él mismo. Sordia se llevó una desagradable sorpresa al ver que Saab usaba un auricular para escuchar la grabación. Ofendida, se apartó de su compañero, simulando distraerse leyendo las etiquetas de los frascos.

Cuando el terrestre terminó de escuchar el mensaje, relativamente corto, dijo a la muchacha:

—Nada importante. Había pedido a mi oficina en la Tierra ciertos datos. —Puso el gesto hosco y añadió—: En realidad poco han podido ayudarme. ¿Te acuerdas del tipo que tuve que pulverizar en el

Nova-Lux

? Pretendo suplantarle, pero poseo pocos datos suyos. Nació en Aldebarán VIII, mas apenas tuvo contactos con la policía y se carece de antecedentes profundos suyos.

—¿Sigues pensando que lo enviaron los de la Consolidada?

—¿Quiénes si no? Precisamente ha sido la intervención de Long lo que me ha impulsado a tomarme este asunto con el mayor interés. Si ellos pretenden comprarme, queriendo que me convierta en doble agente, es indudable que temen algo. Vamos por buen camino, encanto. Esto marcha.

—Supuse que creíste las palabras de Aakon Luppo.

—Las puse en cuarentena -replicó irónico Saab. La Consolidada esconde algún trapo sucio. En otro caso no hubieran enviado un emisario como Long ofreciéndome dinero, dispuesto a volatizarme de este mundo si me negaba.

—¿Por qué no simulaste aceptar?

Él negó vigorosamente.

—No hubiera servido de nada. Son listos. Se hubieran dado cuenta de ese truco infantil.

Saab regresó al lavabo y empezó a trabajar otra vez en su rostro.

—¿Qué haces ahora? —preguntó Sordia.

—Dime cómo me prefieres. Espero que comprendas que no voy a bajar en Undar con la misma cara, ¿no?

—Se darán cuenta los oficiales cuando descendamos.

—Sólo preparo los ingredientes químicos. Una vez en la superficie sólo tendré que esconderme en un rincón para hacer aparecer mi nuevo rostro en un segundo. Es una técnica que he aprendido recientemente.

Después de unos minutos, como Sordia seguía observando en silencio su trabajo, Saab le dijo:

—¿Por qué no vuelves a tu camarote y preparas el equipaje? Me gustaría bajar enseguida...

Sordia se marchó iracunda. Saab la vio irónicamente cómo le dirigía una mirada furiosa antes de salir. Se sonrió y continuó con su trabajo.

Lemh Kaafur emitió un gruñido y cerró el visófono. Se volvió hacia la persona que estaba al otro lado de la mesa, un humano como él, pero de tan elevada estatura que sólo podía haber nacido en algún planeta calentado por una estrella enana blanca.

—Sin noticias, Zhuock —le dijo Kaafur, tamborileando nerviosamente sobre la mesa.

—¿Cuáles son los últimos datos que sabemos de la reunión que los dirigentes de la U. T. celebraron en Rengelt? —preguntó con cavernosa voz el gigante.

—Únicamente sabemos que alquilaron un reservado en el casino Galacto. En él entró un humano, tal vez un terrestre. Estuvo allí bastante rato. Primero salieron los ejecutivos de la U. T. Y luego una hembra humana acompañada del desconocido. En su comunicado, Long dijo que no iba a tardar en averiguar quién era, que pensaba seguirlo, ponerse en contacto con él y hablarle de nuestra propuesta. Luego de esto, nada. Seguimos esperando que Long vuelva a comunicarse.

Zhuock se movió nervioso en su sillón, a todas luces pequeño para él.

—Ha tenido tiempo suficiente para hacerlo —gruñó.

—Seguro que sí. Me temo que el desconocido lo haya matado.

—Es absurdo. Long llevaba una propuesta tentadora.

—No sabemos lo que la U. T. le ofreció.

—Pero Long tenía órdenes de superar la oferta. ¿No dijo que podía enterarse de todo lo que en el reservado se hablase?

Kaafur movió negativamente la cabeza.

—Tal cosa no lo dijo, pero es de suponer que tomaría sus medidas.

Zhuock se levantó y paseó a grandes zancadas por la estancia. Se detuvo repentinamente delante del director de la Consolidada y dijo:

—Nunca me gustó Long para hacer ese trabajo, bien lo sabías, Kaafur.

—¡Oh, mi amigo! —Lemh abrió los brazos como pidiendo comprensión—. Entonces sabíamos que la U. T. iba a contratar a un investigador terrestre y nada mejor que otro terrestre para anularlo. Era sensato.

—Ya hemos visto que no ha sido así.

—Cuando al final se obtiene un fracaso es fácil decir que los comienzos fueron malos y poco acertados. No es momento para lamentarse ahora.

—¿Qué piensas hacer?

El director se encogió de hombros.

—Ya he expuesto a los accionistas la situación. Hemos llegado a la conclusión de que sólo podemos esperar.

Aquellas palabras enfurecieron al gigante.

—¡No podemos cruzarnos de brazos! Es muy fácil para vosotros hacerlo cuando yo ocupo el puesto de mayor responsabilidad, el más arriesgado.

—No existen riesgos por ninguna parte, bien lo sabes. Ya han intentado por todos los medios meter las narices en nuestros asuntos y se han tenido que marchar cohibidos. ¿Qué podemos temer en realidad de un solo hombre?

Zhuock señaló al director con un índice, diciendo:

—Precisamente eso es lo que debe preocuparnos. Un hombre solo, astuto, puede conseguir mejores resultados que todo un montón de policías uniformados, políticos y coordinadores del Orden. Recuerda que Undar es un planeta abierto a la galaxia, al que cualquiera puede llegar con uno de los miles de pasaportes que admitimos. Y ese uno puede ser el investigador.

Kaafur trató de sonreír y sólo le salió una triste mueca.

—El planeta es enorme, mi querido amigo, y lo principal de él está situado en una zona relativamente pequeña. Nuestras ciudades están muy cerca las unas de las otras. Todo lo demás es un infierno... a quien nadie interesa siquiera ver desde el aire. No te preocupes, todo está bien preparado. Nuestra situación es perfectamente legal.

Terminó la frase riendo, pero su compañero permaneció serio.

—De todas formas, es aconsejable tomar precauciones —dijo.

—Está bien. Para tu mayor tranquilidad te diré que he ordenado que se adopten ciertas vigilancias en los puertos del espacio. Todo ello sin alertar a nuestra policía, desde luego. Ya sabes que hasta hace unas semanas estuvieron un tanto escamados a cuenta de la infiltración de objetos desconocidos para ellos en el planeta.

—Ése fue otro problema. ¿Cómo terminó?

—El ejecutivo del sistema de alarma de Undar percibe actualmente una buena parte de los dividendos de la Consolidada.

—Es peligroso, de todas formas.

—Tranquilízate, Zhuock. En breve este hombre sufrirá un accidente. Uno de nuestros hombres ocupará su lugar. Ya sabemos por experiencia que tipos como el ejecutivo de alarma nunca se conforman con lo que obtienen; siempre desean más y terminan por convertirse en molestos.

—Eso está mejor. Me marchó.

—No lo hagas aún —le contuvo Lemh—. Condemiot tiene algún asunto que tratar contigo.

El gigante se volvió, tomando otra vez asiento en aquel sillón pequeño para él. Preguntó:

—¿Qué le pasa ahora al delegado en energía de la Consolidada? Siempre está molestando con nuevos incrementos en la producción de mi departamento.

Lemh rió de nuevo.

—Eso debería alegrarte, amigo —dijo—. Es que nuestra compañía se encuentra en constante expansión. Recientemente hemos tenido que cubrir nuevas líneas abandonadas por la U. T. Es posible que para la próxima asamblea de accionistas pueda dar una gran noticia.

—¿Cuál es?

El director se rascó la barbilla, como si dudara.

—No pensaba decírtelo ni a ti siquiera. Pero en fin. Estoy seguro que te alegrará saber que estoy a punto de firmar un contrato con la Minera Inc. de Procyón para el transporte por la galaxia de sus minerales.

Zhuock no pudo evitar un silbido de admiración.

—Esto es fantástico, Lemh —dijo—. ¿Cómo es posible? No creía que por nada de este mundo la U. T. admitiese su derrota y dejase que esa concesión se le escapase. Se trata de una de sus principales fuentes de ingresos. Procyón produce el noventa por ciento de los minerales que necesita su zona galáctica.

El director asintió, visiblemente complacido.

—Exactamente. Precisamente por eso Condemiot quiere entregarte un detallado informe de los nuevos aumentos energéticos que necesitaremos en breve para surtir las naves que cubrirán las líneas cuando la U. T. abandone.

—Comprendo. Pero...

—¿Problemas?

—Y grandes. Se me hará muy difícil forzar la producción. Necesito para eso que me envíen más naves con... el cargamento de siempre. Y de paso que se lleven... los desechados.

—Ese asunto tenemos que resolverlo cuanto antes. No te preocupes. Yo me encargaré de todo.

Sonó el zumbador del visófono. Lemh movió una clavija y la voz de su secretaria anunció:

—El señor Condemiot desea verle, director Kaafur. Pregunta por el señor Zhuock.

—Está conmigo. Que pase Condemiot.

—Confío en que su solicitud no sea demasiado elevada —comentó con preocupación Zhuock, cuando Lemh hubo cerrado el contacto con su secretaria.

—Estoy seguro de que Condemiot se habrá ajustado a las circunstancias. Sabe que no debe ser muy exigente.

—Me pregunto cuánto tiempo podremos seguir así —Zhuock movió la cabeza sombríamente.

El pesimismo de Zhuock pareció contagiar a Lemh, quien respondió secamente:

—La U. T. caerá pronto. Entonces, nosotros solos, podremos

volver a la normalidad.

Zhuock resopló.

—Ojalá sea pronto. En Drundaer me gustaría verte a ti y todos los accionistas.

—Deja a los accionistas que sigan pensando que han invertido su dinero de forma inteligente. Ellos perciben sus beneficios y no preguntan nada.

La puerta se abrió y entró un hombre caminando con pasos rápidos. Saludó con un movimiento de cabeza al director y estrechó la mano de Zhuock, diciéndole:

—Espero que Lemh te haya dicho lo que traigo para ti, Zhuock.

—Sí, Condemiot —asintió éste, tomando las grabaciones con los informes que le tendía el recién llegado.

5

Las ciudades de Undar no poseían ningún encanto especial. Ocurría como en todas las que surgían en los planetas que tuvieron que valerse por sí mismos, una vez emancipados, cuando la caída del Gran Imperio terminó por consumarse.

Los undarianos se mostraban orgullosos por su adelanto técnico, que enseñaron ufanos cuando los terrestres regresaron después de siglos. Los recibieron bien, pero no quisieron ni oír hablar de un posible ingreso del planeta en el Orden Imperial.

Undar estaba escasamente poblado. Sus quinientos millones de habitantes se repartían en una docena de ciudades agrupadas en la costa del mayor de sus océanos. El ochenta por ciento de la superficie de Undar estaba despoblada y ningún nativo tenía especial interés en ella. Aún era pronto para pensar en explorarla concienzudamente. Cuando se tuviera necesidad de nuevos terrenos se colonizarían. Mientras tanto, seguía desierta y olvidada.

Sheila Muonter no había nacido en Undar. Llegó al planeta apenas era una niña, con sus padres, que murieron al poco tiempo en un accidente. Creció sola y se supo ganar un puesto en la nueva compañía Consolidada. Nadie podía explicarse cómo en tan poco tiempo logró ocupar el cargo de secretaria principal del todopoderoso director. Algunos murmuraban que gracias a sus encantos físicos y otros que era ayudada eficazmente. Los menos opinaban que todo era resultado de su eficiencia.

Sheila nunca supo si la ciudad undariana donde trabajaba le agradaba o no. Tenía demasiado trabajo para intentar encontrar sus posibles bellezas. Y este trabajo no terminaba en las seis horas que estaba todos los días pendiente de los deseos del señor Kaafur. Al terminar su jornada, la muchacha subía hasta el terrado del edificio donde la Consolidada tenía sus oficinas administrativas y tomaba su volador particular.

Ante los mandos del lujoso vehículo, Sheila sonreía a menudo. Era un regalo, como suponían muchos, del director, con quien ella procuraba ser eficiente en más cosas que en el rutinario trabajo. Varios fines de semana en Rengelt u otros mundos de diversión con Kaafur le habían proporcionado el volador y otras muchas menudencias, ninguna de ellas despreciable en su valor crematístico.

Sheila aceptaba todo aquello porque consideraba que no estaba de más aprovecharlo, pese a que otras personas le pagaban magníficamente por soportar al director. Era parte de su trabajo real, el que la mantenía en Undar.

En un banco seguro en Brundeï, todos los meses ingresaba en su cuenta fuertes sumas de créditos. Pronto pensaba marcharse. Dos motivos la impulsaban a tal idea. Los dirigentes de la Consolidada podían terminar sospechando de ella o los generosos ejecutivos de Brundeï cesar súbitamente en sus pagos.

Tenía ya lo suficiente para retirarse y vivir el resto de su vida del producto de varios años de trabajo. Al marcharse de Undar tendría que vender varias cosas. Su apartamento en el lujoso barrio, también regalo de Lemh Kaafur, podría venderlo bien. En cambio, el volador tendría que cederlo por menos de la mitad de su valor.

Volaba sobre la parte sur de la ciudad. Descendió sobre un estacionamiento público y dejó allí el volador. Abonó en la salida la estancia y en la calle llamó un vehículo de alquiler. Dio al conductor-robot una dirección y se acomodó lo mejor que pudo. Durante el recorrido no pudo evitar estremecerse. Aquel día había escuchado a través del visófono toda la conversación entre el director y el extraño Zhuock primero, y luego la de éstos con Condemiot. Lo que había averiguado la había asustado incluso.

Hasta entonces había estado revelando al enlace en Undar de la U. T. todo cuanto averiguaba acerca de las maniobras comerciales de la Consolidada. Pero lo que ahora sabía era distinto. No eran ya secretos empresariales, planes de expansión en las rutas estelares y otras cosas similares.

Antes de salir de las oficinas estuvo a punto de renunciar a visitar al enlace. De buena gana hubiera tomado un pasaje para cualquier planeta de la galaxia lejos de Undar.

Pero Sheila era calculadora. Si los de la Ú. T. hasta entonces la

habían dado buenos créditos por informaciones rayanas en lo vulgar, seguramente podían darle una cantidad extra por aquello.

El vehículo de alquiler se detuvo minutos más tarde en una gran plaza. Sheila pagó el recorrido y bajó hasta los transportes colectivos subterráneos. Se mezcló con la gente y subió a la superficie cuando supo que estaba al otro lado de la ciudad.

Entró en un edificio. El ascensor la dejó en el piso décimo. Allí se detuvo ante un apartamento y llamó.

—Sheila no tardará —aseguró Cordo, después de mirar la hora, a sus visitantes.

Sordia miró a Randolph, quien fumaba y bebía en silencio. Aún no había logrado acostumbrarse al nuevo rostro de su compañero, que adquirió apenas bajaron de la nave y antes de salir del puerto del espacio. Parecía más viejo y hosco. Su piel era morena, casi negra.

Tuvo que reconocer que el disfraz era perfecto. Cuando llegaron al apartamento de Cordo, Randolph no tuvo ningún inconveniente en presentarse con su verdadero nombre. Sordia, antes, había dado a Cordo las pruebas suficientes para que éste estuviera seguro que trabajaban para la U. T. Sólo entonces el agente en Undar se mostró extrovertido ante ellos, explicando:

—Espero que comprendan mi desconfianza. No tengo ningún temor ante la policía local. Son peores los hombres de la Consolidada. No se andan por las ramas cuando creen oler un espía de la competencia. Somos varios los que trabajamos para la U. T. en diversas ciudades y la verdad es que no nos atrevemos a movernos con libertad. Bastante hacemos con comunicar a Brundei todo lo que averiguamos.

—¿Qué tal chica es esa Sheila? —preguntó Sordia.

—Muy hermosa... y muy ambiciosa. Tan pronto como le ofrecimos dinero aceptó. Por su condición de amable secretaria del director, sus informes siempre son apreciables, Semanalmente viene aquí a contármelos.

—¿Por qué no usa una grabadora y se los envía por correo? —preguntó Saab.

—Ella confía en su memoria. Recela de todo. Teme que puedan descubrirla algún día, y una grabación podría comprometerla.

Saab sonrió.

—El espionaje industrial no está penado gravemente en ningún planeta de la galaxia.

Cordo movió la cabeza.

—Los de la Consolidada no llamarían a la policía. Ellos mismos se encargarían de quitarla de en medio.

—Es posible. Le creo -asintió Saab. Estoy de acuerdo que nuestros enemigos usan medios expeditivos —y le contó cuando Long estuvo a punto de matarle en el hotel

Nova-Lux

, después de él negarse a convertirse en doble agente.

—Entonces comprenderá nuestras precauciones. Tenga en cuenta, Saab, que esto no es simplemente una guerra comercial entre dos poderosas compañías. No sé qué exactamente, pero sí estoy seguro que detrás de todo hay algo verdaderamente grande, capaz de hacer intervenir incluso al Orden.

Saab arrugó el ceño. No estaba totalmente de acuerdo con las palabras de Gordo. Le parecían excesivas.

—Nunca pensaría yo, ni remotamente, que el Orden llegara a meter sus narices en este asunto.

La sonrisa de Gordo fue enigmática.

—Puede que con el tiempo me dé la razón —dijo.

El avisador de la puerta dejó oír sus notas melódicas y Cordo se apresuró a abrir la puerta mientras decía:

—Es la combinación sónica que usa Sheila.

La muchacha entró resuelta en la estancia. Se quedó un poco sorprendida ante la presencia de Sordia y Randolph. Este último sonrió con amplitud, observando la belleza de Sheila. Comprendía que el director, pese a sus desviaciones sexuales, estuviera un poco loco por ella.

Cordo se apresuró a tranquilizarla.

—Han llegado hoy mismo a Undar, Sheila. Son terrestres que trabajan para la U. T. Me han dado toda clase de garantías.

Sheila todavía parecía no estar conforme.

—¿Qué atribuciones tienen?

—Las suficientes para darnos órdenes —rió Cordo—. ¿Por qué lo preguntas?

A Sheila pareció agradarle aquellas palabras. Mostró su aplomo sobradamente al sentarse frente a los terrestres, como había dicho

Cordo que eran. Saab miró sin disimulo alguno el cuerpo perfecto de Sheila, que ella trataba de mostrar a través de su vestido.

—El hecho que estén aquí nos ahorrará que tengas que pedir instrucciones a Brundei, Cordo —dijo la muchacha—. Confío en que tengan poderes para soltar dinero además de dar órdenes.

Cordo le entregó un vaso con licor y dijo:

—Déjate de vaguedades y explícate.

Sin hacer caso a las palabras de Cordo, Sheila miró primero a Randolph y luego, un tanto despectivamente, a Sordia, preguntando a ambos:

—¿Cuál de vosotros es el más capacitado para entregarme a cambio de cierta información especial... digamos cincuenta mil créditos?

Cordo estalló:

—¿Qué estás diciendo, Sheila? Cobras lo suficiente para todas tus vulgares informaciones.

—Ésta es especial —repuso, lentamente, dirigiendo una mirada iracunda a Cordo.

—Debe ser bastante especial. Es mucho dinero —dijo Randolph—. De todas formas, Sordia es quien debe responder.

Sheila se volvió hacia la aludida, preguntando:

—¿Puede extenderme un cheque irrevocable por tal cantidad?

—Necesito seguridad de que valdrá la pena.

—Se lo aseguro. —Cerró los ojos Sheila. Pensó un instante y añadió—: Tan segura estoy que estimará la noticia, que luego de oírla me firmará el cheque.

—Puede que luego me niegue —sonrió maliciosamente Sordia—. No podrá hacernos olvidar lo que diga a ninguno de los tres.

—No lo hará —repuso, segura de sí misma, Sheila—. Hoy, como todos los días, he estado escuchando las conversaciones por visófonos y privadas de Lemh Kaafur. No hubo nada importante hasta que llegó el tal Zhuock. Le visita una vez al mes, más o menos. Es un tipo raro, bastante desagradable. Luego entró Condemiot, un importante ejecutivo. A partir de entonces todo cobró un interés fabuloso. Claro que...

—Prosiga —apremió Sordia.

—Quería decir que no todas las cosas resultaron muy comprensibles para mí. ¿Es usted el agente de la U. T. que un tal

Long tenía que comprar o matar en Rengelt?

Saab asintió, y Sheila prosiguió:

—No saben nada de usted, ni siquiera su nombre. Enviaron a ese Long y están alarmados ante la ausencia de noticias.

—Lo tuve que matar —explicó Saab sencillamente. Sheila se encogió de hombros.

—Peor para él, supongo. La realidad es que la Consolidada está preocupada. ¿Sabían que el consejo de administración ignora muchas maniobras que llevan a cabo Kaafur, Zhuock y Condemiot, si es que no existen otros que yo desconozco? Éste es sólo un dato importante. Zhuock es el encargado de suministrar la energía a las naves. Siempre está fuera de la ciudad, no sé dónde exactamente.

—¿En otro planeta? —preguntó Saab.

—No lo creo. En otra parte del continente sur, el más salvaje de los tres deshabitados de este planeta. Allí pasa semanas y semanas. Sólo viene a la ciudad a dialogar con el director. Zhuock es el más preocupado de los tres; al parecer es quien lleva a cabo la labor más desagradable y difícil.

Saab miró a Sordia y dijo:

—La producción de la energía de las naves es el punto clave.

—Siga, Sheila —dijo Sordia.

—Condemiot entró en el despacho del director y allí sostuvo cierta discusión, con Zhuock sobre todo. Al parecer le exigía un aumento excesivo en la producción energética. Al final terminaron de acuerdo, después de prometer el director a Zhuock que tendría en Drundaer todos los elementos que precisaba para dar satisfacción a Condemiot. —Dirigiéndose a Sordia, le preguntó—: ¿Conocen en la U. T. que la Consolidada está a punto, de arrebatarnos la concesión de Minera Inc. de Procyón?

—Existen ciertos rumores, desde luego —admitió Sordia.

—Pues es cierto. Lemh Kaafur está a punto de firmar los contratos con Minera Inc. Para cubrir las nuevas rutas necesitan ese aumento de energía.

—¿Qué es Drundaer? —preguntó Saab.

Cordo respondió por Sheila:

—Es la más inaccesible zona del continente sur. Algo infernal. Nadie ha estado allí.

Sheila abrió las manos, diciendo:

—¿Pero es que no han comprendido? Algo importante ocultan en Drundaer. Sé que naves extrañas llegan al planeta, procedentes de mundos olvidados a los que el Orden no ha llegado aún. Descienden en Drundaer y nadie sabe lo que llevan. Incluso tuvieron que comprar a un ejecutivo del sistema de alarma del planeta para callarle la boca, aunque piensan matarle en cualquier momento.

—Siempre pensamos que el secreto acerca de la misteriosa y barata energía que usa la Consolidada para sus naves estaba en otro planeta —murmuró Saab—. Ahora debemos reconsiderar esto.

—¿Eso es todo? —preguntó Sordia a Sheila.

Ésta se revolvió molesta.

—¿No es suficiente para pagarme? Esto me está causando ya mala espina y pienso marcharme del planeta cuanto antes. ¿Acaso va a negarse ahora a firmarme un cheque?

Sordia negó con la cabeza y lanzó un atisbo de sonrisa.

—No. Es más interesante de lo que piensa. —Sacó un bloque de plástico y lo relleno. Tendió una lámina a Sheila—. Es de un banco terrestre, pero podrá hacerlo efectivo en Brundei.

Sheila lo examinó y lo guardó rápidamente.

—Vale —dijo—. En Brundei tengo todo el dinero. Allí iré pronto.

—Aún no debe marcharse, Sheila —dijo Saab.

—¿Por qué no?

—Me gustaría que me informase acerca de los aspirantes a ocupar nuevos cargos en la compañía. Tengo entendido que todos los días admiten a nuevo personal.

Sheila hizo un mohín y le tendió una hoja plastificada.

—Tenga —dijo—. Esto es gratuito, como último servicio a mi retribución fija. Aquí está detallado todo lo que desee de los nuevos empleados de la Consolidada. Empezarán a trabajar mañana. Está reseñado su profesión, destino e historial. Podrá darse cuenta que ninguno de ellos tiene familia y todos proceden de planetas humanos muy distantes de Undar. Han sido concienzudamente seleccionados.

Saab guardó la lista.

—Gracias, me servirá de mucho —dijo a Sordia—. Será mejor que nos vayamos. Tenemos mucho trabajo que hacer hoy.

—Les acompaño —se ofreció Cordo.

—No es necesario. Nos volveremos a ver, Cordo —dijo Sordia—. Tal vez esta noche volvamos a solicitar más detalles referentes a Drundaer.

—Yo me quedaré aquí un rato —dijo Sheila.

Cuando Sordia y Saab se hubieron marchado, Cordo preguntó:

—¿Es cierto que piensas marcharte?

—Desde luego. Tal vez mañana.

—Lo lamento. Había llegado a apreciarte. Yo aún permaneceré en Undar un tiempo.

—Estaré en Brundei cuando quieras verme.

Cordo paseó por la habitación, dejando transcurrir el tiempo. De súbito se detuvo delante de la mujer y dijo:

—Me gustaría que te quedases aquí esta noche.

Ella sonrió tristemente.

—Mañana deseo marcharme del planeta. A Kaafur le extrañaría mucho no verme al anochecer.

—Odio a Kaafur. Él te ha tenido muchas veces, te tendrá esta noche —masculló Cordo.

Sheila se levantó y le pasó los brazos alrededor del cuello.

—Nunca me lo pediste antes, Cordo. ¿Por qué? Pero esta noche será la última que veré a Lemh. Recuerda que estaré en Brundei.

Cordo acercó su rostro al de ella, sus labios a los de ella. Iba a besarlos cuando el avisador de la puerta sonó.

—Serán los terrestres —dijo, enfadado, Cordo—. Insisto en que no te marches, Sheila. Por favor.

La muchacha le empujó para que abriese la puerta. Dijo:

—Está bien. Le llamaré para decirle que estoy enferma. Mañana sabrá que estoy lejos cuando sea tarde para tenderme sus garras. Vamos, abre.

Cordo salió de la habitación y Sheila se dejó caer sobre un sillón, sonriendo satisfecha. Aún era posible que convenciese a Cordo para que abandonase Undar con ella. ¿Por qué no Cordo, para empezar una nueva vida?

Sus pensamientos quedaron bruscamente rotos cuando dos hombres entraron en la estancia empujando violentamente a Cordo, quien terminó cayendo al suelo después de arrastrar una mesita.

Uno de los hombres, que como su acompañante empuñaba una

pulverizadora de gran calibre, exclamó al verla:

—Tal como suponíamos. Ella está aquí. El jefe se sorprenderá cuando sepa que se trataba de su hermosa y deseada secretaria.

Sheila se levantó de un brinco, mirándolos asustada.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Kaafur nos mandó seguirte, Condemiot descubrió que tenías conectado el visófono, aunque sin imagen, con el del jefe. Se te olvidó desconectarlo, preciosa —rió el otro—. Y este olvido te va a costar muy caro. ¿Quiénes son la pareja que salió de aquí?

—Apenas tuvimos tiempo de verlos volar en su vehículo, pero sabemos que estuvieron aquí —añadió el primer hombre.

La palidez más intensa invadió el rostro de Sheila. Sintió que sus piernas desfallecían. Quiso articular una excusa, alguna defensa, y no pudo. De soslayo, observó cómo Cordo se levantaba y se acercaba a un sillón. Ella sabía que allí el dueño del apartamento escondía un arma.

Cordo ya la empuñaba cuando fue descubierto antes que pudiera utilizarla. De nada le sirvió que los dos hombres prestasen la mayor atención a Sheila. Ambos fueron rápidos en disparar contra él al unísono.

El cuerpo de Cordo estalló en millones de partículas. No fueron lejos. Como atraídas por un imán, cayeron al suelo pesadamente.

Uno de los hombres se lamentó:

—Lo siento. Seguro que al jefe le hubiera gustado interrogarle. ¿Barremos el suelo?

El otro se encogió de hombros.

—No hará falta. De todas formas la tenemos a ella. Será suficiente para proporcionar a Kaafur un gran placer. Vámonos ya, linda.

Y empujó violentamente a Sheila para que saliera del apartamento. Ella salió de allí con los ojos desorbitados, mirando, sin creerlo aún, la capa de polvo incoloro esparcido en la habitación que había sido Cordo.

6

Antes de descender del vehículo, Randolph echó un último vistazo a su nuevo rostro por el espejo retrovisor. Abrió los labios en una tosca sonrisa y enseñó unos dientes anchos y blancos. Su piel era pálida, casi amarilla, aunque no exenta de cierto encanto, según afirmación de Sordia.

—Casi me gustas más así —dijo la muchacha cuando el terrestre terminó de completar su disfraz de Uormon, especialista en computadores de Sagitario II.

Saab rió la broma de Sordia y la besó. Luego terminó de colocarse las nuevas huellas digitales y los lentes de contacto que daban un color rojizo a sus ojos y una mirada más potente que la de un ser humano corriente, como la que poseían todos los oriundos de Sagitario II.

—Por un momento pensé que ibas a deshacerte de Uormon de una forma más expeditiva, Ran —dijo la muchacha mientras peinaba sus nuevos largos cabellos azules, rizados en sus extremos.

—No era preciso —respondió Saab—. En estos momentos estará viajando congelado rumbo a Brundei. Espero que allí Aakon Luppo lo atienda decorosamente. Uormon es un pobre infeliz que nada tiene que ver con todo esto.

—Es posible —admitió, no muy convencida, Sordia.

Uormon resultó elegido por Saab después de un detenido examen de la lista que le proporcionó Sheila. Había llegado aquella misma noche a la ciudad y localizó el hotel donde se alojaba, esperando el día siguiente para presentarse en las oficinas de la Consolidada. Sería la primera vez que le verían en persona. Saab estaba seguro de que su disfraz era lo bastante bueno para engañar al enemigo si sólo conocían a Uormon por referencias.

Pero Saab lo eligió sobre todo porque observó ciertos datos anotados en la ficha de Uormon. Según éstos, el ser de Sagitario

estaba acostumbrado a los climas tórridos, como el que existía en Drundaer. Pensó Saab que era posible que allí fuese destinado Uormon, aunque los datos de Sheila nada afirmaban. Los demás de la lista eran navegadores, oficinistas y técnicos de programación estelar. Todos, seguramente, serían destinados al espacio. Uormon, junto con unos pocos, podían ser enviados a Drundaer. Pero Saab prefirió Uormon porque tenía su misma estatura y conocía bastante a los habitantes de Sagitario II, sus costumbres y modos de comportarse así como su dialecto. Estaba seguro de hacer una buena representación.

Tuvo que sorprender a Uormon en su habitación, dormirlo y encerrarlo en una especie de ataúd con dispositivo para congelar un hombre. Lo facturó para Brundei a un nombre que Sordia le facilitó. En realidad sería recibido por los ejecutivos de U. T. Ellos se encargarían de disculparse ante Uormon. Con un poco de dinero aquel tipo olvidaría presentar una denuncia.

Aquella mañana estaba parado el vehículo de alquiler delante del edificio de la Consolidada. Sordia apretó el brazo de Randolph y le dijo animosa:

—Suerte. No te olvides de tenerme al corriente de cuanto te suceda.

Saab la besó y dijo antes de salir:

—Descuida. Procuraré hacerlo tantas veces como pueda. Además, es aconsejable que así sea.

—¿Por qué?

El terrestre sonrió desde el otro lado de la ventanilla.

—Sería lamentable que yo muriera sin hacerte partícipe de lo que me vaya enterando, ¿no?

La muchacha puso gesto adusto.

—No digas tonterías —y agregó—: Espero volver a verte pronto.

Él se despidió agitando la mano y caminó con pasos rápidos hacia el interior del edificio. Sordia le vio desaparecer en el interior. Entonces, con voz insegura, ordenó al conductor mecánico que la condujese al apartamento de Cordo. Quería hablar con él de ciertos pormenores.

Mientras el vehículo corría por las avenidas, Sordia pensaba que posiblemente Cordo les había estado esperando la noche anterior. O, al menos, una llamada por visófono.

Saab, en su papel del técnico en computadores Uormon, entregó sus credenciales a la recepcionista, quien le envió al décimo piso.

Una vez allí, le condujeron hasta una sala donde un par de docenas de seres parecían aguardar. Los había de varias partes de la galaxia, aunque casi todos humanos o humanoides en una escala muy cercana al prototipo terrestre. Ligeras pigmentaciones en la piel y otras cosas de poca importancia.

Saab consultó la hora. Había acudido puntualmente. Y los de la Consolidada parecían actuar también con idéntico afán cronométrico. Empezaron a llamar a los congregados. Pronto el altavoz pronunció el nombre de Uormon. La mente de Saab, ya acondicionada a responder al oír aquella palabra, se dirigió sin pensarlo a la puerta. Al otro lado de ésta un hombre sentado tras una mesa le indicó que se acercara.

—¿Uormon, de la familia Crahca, octava línea sucesoria? —preguntó, consultando unos datos.

Saab conocía perfectamente las formas definitorias familiares de Sagitario II, y añadió:

—Sí, soy yo. Octava línea, pero de la rama secundaria.

—Eso no importa. Los exámenes que sufrió en Sagitario fueron satisfactorios, como podrá suponer.

—Eso espero. Al menos lo considero así por el mero hecho de que me han llamado.

—Ahora tendrá ocasión de demostrar su competencia. Superó la parte teórica y confiamos que también lo haga en la práctica.

—No lo duden.

—Bien. Tenga. —Sin apenas mirarle, le tendió unos documentos —. Aquí tiene su destino. Primero deberá presentarse en la enfermería.

Saab simuló extrañeza.

—Ya sufrí revisión médica en Sagitario II. No comprendo a qué viene ahora...

El hombre alzó la cabeza.

—Son normas de la compañía, Uormon. Deberá ser vacunado contra algunas enfermedades locales. Ninguna de ellas son mortales, pero sí molestas.

—Sigo sin comprenderlo.

—¿Por qué?

—En la aduana consideraron suficiente mi estado de salud. Nada me dijeron respecto a sufrir una nueva vacunación para vivir en la ciudad.

—Nadie le ha dicho todavía que vivirá en esta ciudad —repuso el hombre, empezando a perder su paciencia.

—¿En otro planeta?

—No. Se quedará aquí. Le aconsejo que no haga tantas preguntas. La compañía tiene la obligación de velar por la salud de quienes trabajan para ella. ¿Comprende esto?

Fingiendo aturdimiento, Saab respondió:

—Creo que sí. Lo siento.

El hombre le despidió con un ademán terminante y tomó el micrófono para pronunciar otro nombre de los que esperaban. Saab dio media vuelta y se marchó. Fuera, sin que él dijese nada, otro hombre le indicó en silencio una dirección. Tomó el corredor señalado, descubriendo en una de sus paredes la palabra «enfermería» sobre una gran flecha roja.

Varias mujeres eran las encargadas de la enfermería. La que parecía ser la doctora le ordenó agriamente que se descubriera los brazos. De forma intraporosa le fueron administradas varias vacunas. Una ayudante le dijo antes de salir, mientras le tendía unos comprimidos:

—Tómeselos.

—¿Puedo saber para qué sirven? —preguntó Saab, estudiándolos.

La enfermera explicó con aire aburrido:

—Evitarán la reacción de las vacunas. En otro caso no podría incorporarse hoy mismo al trabajo.

Saab asintió y fuera de la enfermería sacó los documentos y los leyó mientras caminaba despacio.

Le explicaban la clase de computador que iba a estar a su cargo, recordándole someramente cuáles eran sus características. En otro pliego le ordenaban que se presentase, una vez que saliese de la enfermería, en la cuarta planta del sótano inmediatamente.

Se cruzó con otros seres recién admitidos en la compañía que iban camino de la enfermería. Pero ninguno de ellos le siguió hasta la cuarta planta del sótano.

Allí un corpulento individuo que vestía un traje oscuro de

trabajo se presentó tan pronto como le vio llegar:

—Soy Guinont, su superior. —Miró una lista y dijo—: Usted debe de ser Uormon. Bien. Tan pronto como lleguen los demás partiremos.

Saab estrechó la mano grande de Guinont. Tratando de ser simpático, dibujó una sonrisa y dijo:

—¿Dónde vamos? La verdad es que no esperaba empezar a trabajar hoy mismo, recién llegado...

—¿Por qué no? Le pagan bien y está percibiendo su sueldo desde que salió de su planeta, ¿no?

—Sí, es cierto —admitió Saab, y optó por no decir nada más ante el mal tono empleado por Guinont en sus palabras.

Al poco tiempo llegaron tres hombres más. Eran humanos, pero Saab hubiera jurado que pertenecían a una rama humana capaz de soportar climas extremos y trabajo duro. Guinont se había marchado después de recibirlos y regresó luego para decir desde la puerta de su despacho:

—Vamos.

No añadió nada más. Uno de los otros hombres comentó que le gustaría recoger sus cosas del hotel y Guinont replicó:

—Sus pertenencias le serán enviadas esta misma noche.

Salieron del edificio por la entrada subterránea. Allí les esperaba un vehículo grande. Subieron y se puso inmediatamente en marcha, comenzando a atravesar la ciudad a gran velocidad. Saab se distrajo estudiando a sus compañeros de trabajo. Recordaba haberlos visto en la sala de espera. Pero ninguno de ellos tenía aspecto de ser especialista en alguna materia similar a la suya. Eran de aspecto hosco, más parecían labriegos que otra cosa.

El vehículo salió de la ciudad y, por la dirección que tomó, Saab creyó adivinar que se dirigían al puerto del espacio.

No se equivocó. Pronto aparecieron las instalaciones y las docenas de naves ancladas en los diversos basamentos. Pero ellos tomaron una dirección lateral, entrando en una zona acotada como privada por la Consolidada. Allí había pocas naves y ninguna era espacial. Todas servían únicamente para vuelos por la atmósfera.

Saab ya podía estar seguro de que no pensaban sacarle del planeta.

Hasta el momento, Saab se había guiado por sus intuiciones y

conclusiones, extraídas un tanto nebulosamente por los datos de la lista entregada por Sheila. Había confiado que al entrar a trabajar en la Consolidada hubiera tenido oportunidad para averiguar qué era Drundaer o, más tarde, poder ser trasladado allí.

Nunca había esperado conseguir aquel propósito tan pronto. Supo que así era cuando Guinont, antes de entrar en la cabina del piloto de la nave que abordaron, dijo a los cuatro hombres:

—Todos ustedes han estado preguntándome dónde iban a trabajar. Vamos a Drundaer. Partiremos inmediatamente.

Saab no supo si alegrarse o no. Tragó saliva y cerró los ojos, preguntándose si verdaderamente era aquello lo que quería, al menos tan pronto, sin haber tenido tiempo de asimilar su nueva personalidad.

Sordia estuvo a punto de llamar en el apartamento de Cordo cuando su mirada bajó hasta el suelo y todo su ser sufrió un estremecimiento. Sobre el brillante pavimento descubrió unas motas de polvo, de un tono tan vago de color, que inmediatamente acudió a su recuerdo otro similar que quedó sobre el suelo de la habitación del hotel

Nova-Lux

cuando Saab disgregó a Long.

Se arrodilló y estudió mejor aquel polvo. Parecía estar allí, junto a la puerta, porque se adhirió a los zapatos de alguien que había salido.

La muchacha se levantó temerosa y miró la cerrada puerta con precaución. Sacó de su bolso un cubito metálico del que extrajo un largo y delgado alambre, que introdujo en el diminuto hueco que era la cerradura codificable. Luego se llevó el cubo al oído y escuchó.

No percibió ningún ruido que no fuese una respiración normal, como la producida por una persona visiblemente aburrida.

Lo comprendió todo y se alejó de allí rápidamente. Aminó los pasos cuando un hombre dobló el corredor y se dirigió hacia ella. Pasó por su lado indiferente. Sordia, al llegar a la esquina, se volvió y le vio entrar en el apartamento de Cordo.

Entonces no tuvo ya la menor duda de que Cordo había sido sorprendido por los hombres de la Consolidada, quienes estaban allí aguardando el regreso de posibles contactos de Cordo.

Un tanto precipitadamente, salió del edificio. No quiso llamar un coche de alquiler hasta que estuvo bastante alejada de él. De regreso a su hotel pensó si sería prudente cambiarse de alojamiento. Pero al recordar que Saab sólo podía llamarla por el transmisor en forma de anillo si conocía perfectamente su ubicación, lo hizo desistir de tal idea. Tendría que quedarse allí, confiando en que no sería descubierta.

Indudablemente, habían matado a alguien, a Cordo o Sheila. El polvo en el suelo lo demostraba. No comprendía cómo los hombres de Kaafur no habían hecho desaparecer tal rastro. Cometieron una gran equivocación.

Decidió que tal vez no podía correr mucho riesgo quedándose en el mismo hotel. Cordo y Sheila no sabían en cuál estaban. Si Kaafur tenía en su poder a alguno, estaría tratando de hacerle hablar.

Fríamente, Sordia pensó que si habían capturado a Cordo no podrían hacerle hablar de ninguna manera, con su mente preparada para resistirse a ello. En cambio, Sheila...

Pero estaba dejándose llevar muy lejos en sus pensamientos. Era posible que sólo hubieran descubierto a Cordo. Sheila bien pudo haberse marchado poco después que ellos lo hicieran y a aquellas horas estaría trabajando junto al despacho del director Kaafur.

Una vez en su habitación, Sordia corrió al visófono y pulsó la combinación de las oficinas de la Consolidada. Preguntó a la recepcionista por Sheila. Le dijo que esperase y luego surgió otra voz, pidiendo a Sordia que conectase el visor:

—Lo siento. Está estropeado. Deseo hablar con Sheila. Soy una amiga —dijo.

La voz, tras unos segundos de silencio, dijo:

—La señorita Sheila salió ayer por la mañana de vacaciones. No regresará en algún tiempo. Pero dejó aquí un recado para una amiga de ella. ¿No cree que puede ser usted? Puede pasarse a recogerlo...

Sordia cortó la comunicación. Era suficiente.

Bastante para comprender que querían saber quién era la que preguntaba por Sheila. Naturalmente, no pensaba caer en trampa tan burda.

Aunque sin moverse de la habitación, Sordia estuvo toda la tarde temiendo que los sicarios de la Consolidada se presentasen,

pues pensaba que hubieran localizado la procedencia de la llamada.

Pero llegó la noche y nada ocurrió.

Un tanto tranquilizada, pero deseando que Saab la llamase, Sordia quedó dormida, tumbada en la cama y sin desvestir.

7

Drundaer, continente de Undar más inhóspito y olvidado, superó con creces todo lo que Saab sabía de él y temía.

La región donde se levantaban las ciudades undarianas era fértil, acogedora. Estar en ella hacía inconcebible la existencia de algo tan dantesco como Drundear.

Sus montañas superaban en altura las más elevadas no ya de la Tierra, sino también de las cordilleras de muchos de los planetas que Saab conocía. En sus bases, contrastando con lo helado de sus cumbres casi sin oxígeno ya, existían valles densos de vegetación, de alimañas feroces y de horrible aspecto.

El terrestre, junto con sus compañeros de trabajo, fue conducido a un altiplano donde las condiciones de habitabilidad, si se descontaba el calor húmedo, eran soportables.

Era comprensible, a la vista de aquel clima, que se vacunase al personal concienzudamente. No sería difícil contraer allí alguna enfermedad procedente de las pestilentes selvas encerradas en los valles, de donde surgían vaharadas de vapor.

Las instalaciones eran bastante acogedoras y los recién llegados, al entrar en ellas, suspiraron aliviados al encontrarse con el aire acondicionado.

Guinont les dijo, mientras les enseñaba sus habitaciones:

—Bienvenidos, muchachos. Espero que encontréis agradable esto.

La habitación, con seis camas, no parecía estar ocupada por nadie más que por ellos. Uno de los hombres se plantó desafiante delante de Guinont, diciendo:

—Ya es hora que aclaremos las cosas, jefe. ¿Puede contestar ahora a mis preguntas?

Guinont le miró de soslayo.

—¿Por qué no? —dijo—. ¿Qué quieres saber?

—Recuerdo bien el contrato que firmé. En él decía que iría a trabajar en el lugar que la Consolidada fijase. Estoy de acuerdo. Pero creo que podría saber ya qué lugar es éste y qué haremos aquí.

El capataz paseó ante los cuatro hombres. Empezó a decir, sin detenerse:

—Esto pertenece a la compañía. Aquí realizamos investigaciones secretas encaminadas a obtener mejores rendimientos en las naves. Se ha elegido este apartado lugar porque nuestros competidores nunca podrán imaginarse que lo usamos. Ellos piensan que es en cualquier otro planeta y no en Undar en donde ensayamos nuevos métodos de navegación. Y si pensasen que es en este mundo, nunca creerían que en un lugar tan infernal. ¿Comprendéis ahora?

Otro de los nuevos dijo:

—Pero las condiciones son pésimas, señor. Aunque el sueldo es elevado, creo que se nos debió advertir.

Guinont sonrió entonces con amplitud.

—Queda otra cosa que os gustará. La compañía os entregará un plus de cien créditos mensuales por la estancia aquí. Y os promete fuertes aumentos si vuestro trabajo es satisfactorio. Todo dependerá de vuestra fidelidad futura. Cada tres meses tendréis dos semanas de permiso para ir a las ciudades que queráis del planeta a gastaros el dinero. Los viajes corren por cuenta de la compañía y también la estancia en buenos hoteles. En cuanto al mal clima que nos rodea, no creo que sea problema. No tenéis ninguna necesidad de salir de aquí. Además, no os lo aconsejo.

—¿Por qué no debemos salir de las dependencias, señor? —preguntó Saab, mostrando más curiosidad de la que en realidad sentía.

—No es bueno para la salud hacerlo —le respondió seriamente Guinont—. Los fines de semana descansamos, claro. Es costumbre entre el personal que aquí trabaja organizar cacerías en los valles cercanos. Son arriesgadas, pero fascinantes. Usamos trajes aislantes y reservas de oxígeno, ya que la atmósfera allá abajo está demasiado emponzoñada.

—Avísame cuando se organice la primera cacería, señor —pidió Saab—. Iré con gusto.

Antes de marcharse, Guinont le aseguró:

—Te lo prometo, Uormon. Será un placer acompañarte.

Aquel día, todos los que tuvieron ocasión de ver o hablar con el director Kaafur notaron cierto nerviosismo en él. Y la mayoría pensó que el poderoso líder de la compañía estaba a punto de consumir algún importante negocio que empujaría a sus competidores otro tanto a la ruina inminente que todos esperaban de un momento a otro.

Kaafur se apresuró a despachar los asuntos más urgentes. Luego se marchó, después de pedir a sus más allegados ayudantes que concluyesen ellos por él las cuestiones de trámite.

Kaafur montó en su veloz volador, que le esperaba en el terrado, y partió de la ciudad. Había dejado recado que no volvería hasta el día siguiente.

Llegó una hora después a una edificación levantada en la costa, en un paraje del continente habitado, alejado de la más cercana de las ciudades por más de quinientos kilómetros.

Rápidamente el director entró en la casa. Varios hombres le seguían con pasos rápidos. Otros le abrieron la puerta. Todo era silencio y miradas comprobativas.

Alguien salió a su encuentro. Era Condemiot. No estaba nada nervioso, pero sí bastante preocupado. Se saludaron fríamente y ambos, seguidos por dos hombres, bajaron a las habitaciones subterráneas de la casa.

Entraron en una habitación. Al fondo había un gran cristal. Tras éste estaba Sheila, tendida sobre una cama. Parecía dormir profundamente. Una ligera sábana cubría su cuerpo.

Kaafur se acercó al cristal. Miró a la mujer con intenso odio. Preguntó:

—¿Vive?

—Sí. No costó mucho trabajo hacerla hablar.

—Es posible que esté acondicionada.

—No puede ser. Quienes la interrogaron conocen su trabajo. El miedo era dueño de Sheila, Lemh. Se hallaba en tal estado que apenas fue preciso obligarla un poco para que contase todo cuanto sabía.

El director se volvió.

—Debimos hacerla hablar antes, no dejarla aquí tres días encerrada —dijo.

—Es cierto. Sabemos que ella indicó al agente terrestre ciertos

datos que podían hacerle pensar lo que sucede en Drundaer. Es posible que ahora esté allí.

—¿Quieres decir que trabajando para nosotros?

—Sí. Y lo peor de todo es que ochenta nuevos empleados han comenzado a trabajar en el centro de Drundaer durante los últimos cuatro días. Nos costará trabajo descubrirlo.

—¿Porqué?

—Debe ser el mismo tipo que ha quitado de la circulación a Long. Debe de ser astuto. Ha podido suplantar a uno de los nuevos empleados.

—¿Que noticias hay de los hombres que vigilan el apartamento de ese tal Cordo?

—Nada nuevo. Siguen allí. Nadie ha ido a él.

—Sospecho que están perdiendo el tiempo; pero que continúen allí hasta nueva orden. —Kaafur volvió a mirar a Sheila y añadió—: Esa perra prostituta me engañó bien durante bastante tiempo. Pero se arrepentirá de haberlo hecho.

—¿Qué piensas hacer con ella? —le preguntó Condemiot.

—Me gustaría que resucitase cien veces después de matarla otras tantas —suspiró—. Pero como esto no puede ser, tendré que ser práctico.

—No te entiendo —dijo Condemiot.

Kaafur hizo una indicación para que salieran de la estancia. Una vez en las habitaciones superiores, el directo explicó:

—Zhouck se queja de que carece de mano de obra, ¿no? Sheila servirá en Drundaer. Te juro, Condemiot, que dentro de cinco o seis semanas iré allí a verla, antes de que pierda la total noción de sus pensamientos. Comprenderá que no es saludable reírse de mí. Además, su presencia puede servirnos para otra cosa.

—¿Para qué?

—El agente de la U. T. la conoció. ¿No crees que es posible que se ponga un poco nervioso al verla allí y se descubra solo?

Condemiot se rascó la barbilla pensativo.

—No sé. Pero para que ocurra eso tardaremos mucho tiempo. Zhuock no suele hacer bajar a los nuevos empleados hasta que están en la superficie dos o tres meses. Si el agente está entre los que ingresaron en los últimos cuatro días, tendremos que esperar mucho.

Kaafur torció el gesto impaciente.

—Zhuock no puede esperar ya tanto. ¿Olvidas que está falto de gente? Cuando estuvo a verme me dijo que iba a tener que reducir el plazo a sólo una semana.

Condemiot gruñó algo incomprensible entre dientes y dijo:

—Con eso quieres decir que tendré que forzar a los agentes reclutadores, ¿no? Me temo que los gobiernos de los planetas empiecen a sospechar de nosotros ante tanta demanda de personal.

—Pues cambia de zona —rió de súbito Kaafur, añadiendo—: No te preocupes. No se alarmarán por eso, pues es de sobra conocido por toda la galaxia que nuestra compañía se halla en plena expansión.

—Nunca hemos enviado mujeres a Drundaer —murmuró Condemiot.

—Será preciso pensar en ellas. Algunas son fuertes, y está demostrado que resisten mejor que los hombres aquellas condiciones. Te aconsejo que pienses en reclutarlas.

Condemiot resopló y dijo:

—Me temo que tendrá que ser así. Ya está resultando problemático encontrar hombres sin familia alguna, de los que nadie se extraña si no los vuelven a ver.

Salieron fuera de la casa. El piloto, al verlos, entró en el vehículo y puso los motores en marcha. A punto de subir en él, Kaafur dijo:

—Pues mano a la obra. Empieza mandando a Sheila directamente a los subterráneos, sin transición alguna. Nos veremos mañana en la ciudad, Condemiot.

Entró y el piloto cerró la compuerta. Luego, Condemiot se alejó hacia la casa. Desde allí observó cómo el vehículo del director se elevaba y ponía rumbo hacia la urbe.

Por la ventana, Saab observaba el desolado paisaje que rodeaba las instalaciones. Estaba en el comedor, terminando de almorzar. Algunas docenas de hombres comían en silencio, cuchicheando los menos entre sí. Apartados de los empleados, varios de aquellos hombres, especie de guardianes, reían de los comentarios de uno que parecía estar contándoles algo muy gracioso.

Era el tercer día que estaba en aquel lugar, y Saab ya empezaba a comprender algunas cosas.

El día anterior tuvo por compañero de mesa a un venusiano. Al principio no pareció ser amigo de conversar, pero luego, como impulsado por un arrebato, empezó a decirle a Saab cosas sustanciosas. Dijo llamarse Cormorán y estar harto de todo aquello.

—Sí, amigo —le había dicho Cormorán—. Los dos meses que llevo aquí me parecen ya una eternidad. Cuando llegué me aseguraron que cada mes podría ir a la ciudad a divertirme un poco. Cuando lo recuerdo, ese condenado Guinont parece estar a punto de pegarme un tiro.

Sorprendido, Saab dijo:

—Pues a nosotros, cuando llegamos, Guinont nos dijo que tendríamos permiso sólo cada tres meses.

—Más mentiras —gruñó Cormorán—. Todo lo que aquí hay son mentiras.

—Vamos, no te quejes; el sueldo es magnífico.

—¿Qué sueldo? Aún no he visto un solo crédito. Me dicen que lo depositan en un banco de la ciudad, que lo podré retirar cuando vaya allí de permiso. ¿Pero cuándo será eso?

Saab miraba curiosamente a Cormorán. Le interesaba lo que éste le decía porque ya sabía que él era el más antiguo de todos los que allí trabajaban. Aquello era extraño. Los únicos veteranos parecían ser los guardianes y Guinont.

—Hoy mismo voy a decirle al capataz que me voy en la nave que sale todas las noches para la ciudad con ese extraño embarque. Me tendrán que pagar y no volveré nunca más a este planeta.

Saab no le respondió. No confiaba en nadie. El tal Cormorán podía ser un espía, que estuviese sonsacando a los recién llegados. Pero le había dicho cosas que tenían lógica. El trabajo en las cómodas instalaciones era sencillo. Por ejemplo, su trabajo en los computadores era vulgar, casi rutinario. Y ninguno allí parecía esforzarse mucho en la labor. ¿Que investigaba la Consolidada? Nadie pudo responderle algo concreto.

Pero Saab no volvió a ver a Cormorán. Aquella misma mañana preguntó por él a Guinont. El capataz, después de ponerle extraño gesto ante su pregunta, dijo:

—Se marchó. Ordené que una nave le trasladase a la ciudad por la tarde.

—¿Por qué no lo hizo en la nave que sale cada noche?

—Ésa es especial. —Guinont entornó los ojos para mirar escrutadoramente a Saab—. ¿Qué te estuvo contando ese vago de Cormorán, Uormon?

—Nada en absoluto. Sólo que estaba molesto por no ir a la ciudad cada mes, como le prometieron al comenzar a trabajar.

—Debió entender mal. Hasta dentro de tres meses no podrás ir allí, Uormon. Recuérdalo.

Y Guinont se marchó.

Aquella conversación ocurrió apenas hacía unas horas. Ahora, cuando terminaba la mañana, Saab pensaba intensamente mientras terminaba de apurar el resto del café.

Estaba ya decidido.

Aquella noche saldría del dormitorio a investigar.

Las instalaciones que utilizaban ocupaban la parte norte del altiplano. Detrás de éstas estaba el aeropuerto. De él partía, pasando junto a las viviendas, una estrecha carretera hacia el sur, que parecía descender hacia el más cercano valle. ¿Por qué hacia el sur, hacia la parte más abrupta de la región? Las ciudades quedaban al norte.

La segunda noche, Saab permaneció un buen rato sin dormir junto a la ventana, mientras sus compañeros de cuarto dormían profundamente.

Por la carretera vio ascender unos pesados camiones que pasaron junto a las instalaciones, siguieron hasta el aeropuerto y allí de detuvieron junto a la nave que diariamente partía pasada la medianoche.

De los grandes camiones, varios hombres, guardianes todos, sacaron unas pequeñas cajas de metal. Las tomaban por los asideros con garfios y rápidamente las instalaban en el montacargas.

La noche anterior observó la misma operación, idéntica en todo a la otra, con la añadidura de que al final uno de los camiones, antes de retornar al sur por carretera, aguardó unos instantes. De una de las edificaciones del aeropuerto varios hombres sacaron a empujones a otros, haciéndoles subir al camión, que sólo entonces se puso en marcha.

Saab había podido observarlo todo gracias a sus minúsculos binoculares. A pesar de lo lejos que estaba y la oscuridad de la noche, apenas despejada por las luces del aeropuerto, hubiera

jurado que uno de los hombres obligados a subir al camión era Cormorán.

Al anochecer iría al aeropuerto e intentaría introducirse en uno de los camiones. Había observado que los conductores utilizaban un traje protector de metal, que aún no se explicaba para qué era usado. Sabía que junto a la entrada del comedor existía un armario con varios de ellos.

No existía ningún problema en salir del dormitorio. Guinont y sus hombres de confianza debían estar seguros que ningún empleado lo haría porque no existía ninguna razón para ello.

Había terminado de beber el café y recogió la vajilla en una bandeja que dejó sobre el transportador de desperdicios antes de salir del comedor.

Le quedaban tres horas de trabajo, después de las cuales, una vez concluida la cena, sólo le quedaba retirarse a descansar.

Y esperar que llegase la noche.

Con ella vendrían los camiones, con su cotidiano cargamento nocturno.

Al mismo tiempo que Saab perfilaba su plan, en la ciudad, Sordia escuchaba atentamente un atractivo anuncio de la Consolidada por televisión. La compañía ofrecía puestos de trabajo altamente remunerados.

Después de pensarlo un poco, Sordia se levantó decidida hasta el visófono. Conectó con información y solicitó la combinación de llamada de un nombre. Cuando se lo dijeron, lo marcó.

Esta vez dejó que la visión funcionase. En la pantalla apareció el rostro de un hombre de mediana edad, quien al verla trató de sonreír. Algo confuso, inquirió:

—¿Qué desea, señorita? —En la ciudad anochecía ya y el hombre añadió a su primera pregunta—: ¿No le parece que es un poco tarde para que una desconocida me llame? ¿O acaso se trata de uno de los nuevos servicios de los propietarios del apartamento?

—¿Está solo, señor Aumont? —preguntó Sordia.

—Claro. Puede venir cuando guste.

—Es posible que lo haga, pero no para lo que a usted le gustaría. El llamado Aumont sonrió divertido.

—Pues le advierto que no me agrada jugar a las cartas o al ajedrez..., al menos con una chica bonita.

—Gracias. Lamento decirle que le he llamado porque es usted accionista de la Consolidada.

Aumont puso gesto de extrañeza.

—Me desilusiona, mi querida señorita. Pero la veo muy enterada.

—También sé que usted vive en Uhorgentai y que se encuentra en Undar en visita de negocios.

—Cierto. Pero ¿a qué viene todo esto?

—Deseo verle. Esta misma noche.

—¿Por qué esta prisa si no es para...?

—Puede resultar más interesante de lo que supone. Usted es uno de los cincuenta accionistas de la Consolidada que sabemos es honrado. De los demás no estamos tan seguros.

—Cada vez entiendo menos.

—Por eso deseo explicárselo cuanto antes y personalmente. Tengo prisa porque mañana quiero empezar a trabajar para su compañía, señor Aumont.

—No creo que necesite una recomendación. Esta misma noche han dado la noticia de que necesitan personal...

—Lo sé. He tomado una decisión, pero antes quiero que conozca algo referente a su compañía. No le creo, según los informes, capaz de consentir lo que realmente está llevando a triunfar a la Consolidada en los negocios.

La mirada de Aumont se endureció vivamente. Estudió a Sordia. Pareció querer decir algo, calló y dijo al final:

—¿Para quién trabaja usted? No me vaya a decir que...

—Es exactamente lo que está pensando. Trabajo para la U. T.

—¿Saben sus jefes que desea entrevistarse conmigo?

—No. Pero tengo amplios poderes para tomar iniciativas. Lo que sucede me obliga a ponerme en contacto con usted.

—¿Qué ha sucedido?

—Alguien debió comunicarse conmigo y no lo hace. Me temo que le haya pasado algo.

—¿También trabaja para la U. T? ¿Qué hace ahora?

—Ha tomado un puesto de trabajo en un lugar secreto de la Consolidada: en Drundaer.

—No sé dónde demonios está eso.

—En el mismo Undar. No creo que ningún accionista sepa lo que

pasa allí.

Tras un corto silencio, Aumont dijo:

—Esto no me gusta. Me huele a espionaje comercial. Algo que siempre he odiado. Estoy tentado de llamar a la policía.

Muy serena, Sordia dijo:

—Hágalo después de que vaya a verle, si lo juzga conveniente.

—Está bien. No sé lo que trama, señorita, pero le garantizo que si sus palabras no me convencen, lo haré.

—Descuide. Le llevaré pruebas.

—¿Sabe mi dirección?

—Sí.

—Entonces la espero.

—Estaré allí enseguida.

Antes de apagar la conexión, Aumont dijo:

—De todas formas, habría preferido que su llamada hubiese tenido otra intención más agradable para mí.

Sordia le dedicó una última sonrisa, agradeciendo el halago.

8

El camión aminoró la marcha hasta detenerse.

En su interior, Saab contuvo la respiración hasta que notó que otra vez se ponía en movimiento.

Unos minutos después se detuvo totalmente. Escuchó voces de los conductores al bajar de la cabina. Uno dijo:

—Dejaremos para mañana la limpieza, Samio.

Otra voz respondió y los pasos se alejaron.

Saab esperó aún unos instantes antes de abrir la puerta. Lo hizo lentamente y mirando antes de saltar por ella. Estaba en un garaje. Había varios camiones similares, de gran caja y de interior reducido. Durante el viaje había averiguado que se trataba de un grueso blindaje de plomo lo que hacía que el espacio fuese tan reducido.

El terrestre se alegró mucho de abandonarlo. El contador de radiaciones de su muñeca había estado palpitando durante todo el recorrido. Se alegró de usar un traje de plomo. Mientras avanzaba buscando ocultarse entre los camiones, pensó que aquellos individuos se referían a la limpieza que debían hacer al camión para terminar de descontaminarlo. El que lo hubieran dejado para el día siguiente le había salvado.

No le supuso ningún riesgo esconderse en el aeropuerto hasta que, como todas las noches, llegaron los camiones. Esta vez lo hizo uno solo, al contrario de siempre. Las pequeñas cajas fueron descargadas con las precauciones usuales y llevadas a un edificio de hormigón. Nadie quedó junto al camión, y Saab aprovechó la oportunidad para introducirse en la caja, hasta el fondo. La oscuridad le ayudó a no ser descubierto cuando los hombres volvieron y cerraron las puertas.

El garaje era amplio. Además de la gran puerta de entrada había otra al fondo, de acero.

Un casco de vidrio emplomado cubría el rostro de Saab. El aire lo respiraba después de pasar por unos filtros. Era un tanto engorroso el traje, pero decidió no quitárselo porque podía servirle de máscara en caso de ser descubierto.

Abrió la puerta y se encontró en un corredor, iluminado por luces de baja potencia.

Al término de éste halló otro corredor de mayor tamaño. Existían algunas puertas a ambos lados. Pasó rápido ante algunas porque salían voces del otro lado.

Después de recorrer algunas estancias, casi desnudas de muebles, Saab alcanzó una gran sala. Al fondo vio tres puertas. Las fue abriendo, siempre prestando atención a cualquier ruido que pudiera proceder de su espalda.

La primera puerta era un ascensor. Saab se asombró un poco al leer la profundidad a que podía descender. Más de dos mil metros. La segunda puerta no era posible abrirla. Unos caracteres undarianos explicaban que conducía a la sala de máquinas. Escuchando atentamente, Saab percibió un ligero rumor. Seguramente extractores de aire o algo parecido. La tercera puerta también era un ascensor, pero éste no disponía de un descenso tan profundo como el otro.

Sin saber exactamente por qué motivo, Saab le eligió. Sin dudarlo, apretó el botón.

Silenciosamente, la cabina se puso en marcha descendente, cayendo por el pozo. Un par de minutos más tarde empezó a frenar, hasta quedar detenida. Saab empujó la puerta y se llevó una gran sorpresa al ver al otro lado a un hombre armado que, como él, vestía un traje protector de plomo.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó el hombre, caminando hacia él con el arma baja—. Aún quedan veinte minutos para el relevo, ¿no?

Saab avanzó también y asintió con la cabeza porque no sabía qué otra cosa hacer.

—¿Dónde está tu fusil? —preguntó el vigilante, deteniéndose extrañado y empezando a levantar el suyo.

Pero Saab ya estaba lo suficientemente cerca de él para lanzar un puntapié al bajo vientre del hombre, quien soltó el fusil y emitió un grito ronco de dolor.

Estaba doblado sobre la cintura y Saab, rápidamente, le asestó varios golpes más con las manos en la nuca. El hombre cayó con pesadez al suelo.

Había estado sentado en una silla junto a una mesa y a ella se dirigió Saab después de tomar el fusil del suelo. Sobre la mesa encontró unos codificadores. Miró a la izquierda y vio varias puertas de pesado plomo, con ranuras para mirar, de grueso cristal.

Saab se acercó a la primera y miró. Enseguida se retiró, presa de intensas náuseas. Tuvo que realizar un gran esfuerzo para sobreponerse. Aspiró hondo y volvió a acercar sus ojos al cristal.

Al otro lado había una larga habitación, iluminada por una luz potente y azul, que prestaba un tono aún más dantesco a las docenas de desgraciados que sobre camastros parecían dormitar. Pero la mayor parte de ellos se agitaban inquietos, como si no pudieran conciliar el sueño. Sobre la puerta había una tablita que leyó. Lo que en ella había escrito le hizo comprenderlo todo.

Tambaleante, Saab se retiró y fue a la otra puerta. A través del cristal observó una habitación idéntica a la anterior. Pero los hombres que allí estaban no presentaban un aspecto tan macabro como el de los hombres de la primera. Mas, de todas formas, era indudable que aquellos desdichados mostraban en su piel unos indicios inequívocos de estar condenados a morir en breve plazo. Al consultar la respectiva tablilla, Saab asintió. Los hombres que descansaban en la tercera habitación apenas ofrecían síntomas de lacras radiactivas, aunque sí empezaban a perder el cabello y las uñas. La última puerta correspondía a una sala igual de grande que las anteriores, pero sólo ocupada por dos personas. La tablilla sujeta en ella hizo estremecer a Saab al leer los nombres de los ocupantes.

Antes de llegar a ella ya había tomado una decisión. No podía hacer otra cosa que marcharse de allí, dejando a los condenados a muerte en sus celdas, pues no podía soñar en libertarlos. Pero los ocupantes de la cuarta estancia le obligaron a recapacitar. A aquellos dos los había conocido y tal vez aún podía él mismo salvarlos, no ya del encierro, sino de la enfermedad que aún no debía ser mortal para sus organismos, según leyó en las indicaciones explicativas de la tablilla.

Rebuscó entre las llaves codificadoras hasta que encontró la que abría la puerta. Entró.

Sheila y Cormorán no debían de estar muy dormidos porque se despertaron enseguida. Los dos miraron con temor la figura con traje de plomo y armada con un fusil. Saab comprendió que era tomado por uno de los guardianes, y dijo:

—No temáis. Soy Randolph Saab, Sheila. Tú me conoces por Uormon, Cormorán.

La muchacha vestía un burdo traje oscuro, como Cormorán. Saab, al verla de cerca, se asustó ante su aspecto, demacrado y mostrando las huellas de la violencia de los guardianes, antes de bajarla a aquel subterráneo mortal. Cormorán no mostraba un mejor aspecto, pero era más fuerte que Sheila y aparentaba menos síntomas de debilitamiento.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Cormorán—. ¿Te has vuelto loco?

Sheila estalló en sollozos y se arrojó sobre Saab, diciendo:

—Mataron a Cordo, y a mí... —no pudo continuar porque la voz se le quebró y aumentó la potencia de su llanto.

—Luego, luego —apremió Saab—. Ahora debemos salir de aquí. El relevo no tardará en llegar.

Fuera de la celda, Saab indicó a Cormorán que desnudase al guardián y vistiese con aquel traje de plomo a la muchacha.

—Me gustaría que hubiese otro para ti, Cormorán, Sheila y yo simularemos que te llevamos a algún lado si nos sorprenden.

La muchacha ya estaba embutida en la vestidura de metal. No se le reconocía su sexo a través del casco. Cormorán negó con la cabeza, con pesimismo.

—No podremos salir con ese truco. Saben que quien entra no vuelve a salir de estas celdas. Nuestro camino es tomar otro ascensor hasta las perforaciones.

Saab se sintió picado por la curiosidad. Estuvo tentado de hacerle varias preguntas a Cormorán, pero el tiempo apremiaba. Tenían que darse prisa.

Entraron en el ascensor y lo pusieron en marcha. Cuando llegaron arriba, Saab pulsó el abridor de la puerta, sin atreverse a respirar.

No había nadie en la habitación. Pero tan pronto como hubieron avanzado unos pasos, un individuo vestido de plomo apareció por una puerta. Era el relevo.

Saab recordó las palabras de Cormorán. No podía correr el riesgo de que el otro creyese o no sus mentiras. Levantó el fusil y disparó contra el recién llegado.

El desdichado murió sin darse cuenta, convertido en una masa carbonizada. El disparo no produjo mucho ruido. Saab confiaba que a aquellas horas todo el mundo estaría durmiendo.

El terrestre indicó al hombre y la mujer que corriesen tras él. Era el instante de abandonar toda clase de precaución. Sólo debían pensar en ponerse a salvo, salir de aquella madriguera.

No encontraron a nadie cuando atravesaron los corredores, llegando así hasta el garaje, antesala de la libertad. Allí dudó unos segundos Saab. Miró escrutadoramente a Cormorán, quien presentaba peor aspecto que Sheila, aunque ninguno de los dos debía de tener suficientes fuerzas para caminar demasiado tiempo.

—Subid a uno de esos camiones. Yo abriré la puerta y os seguiré en otro —dijo Saab—. Tú, Cormorán, conoces el camino. Lleva a Sheila a nuestros dormitorios, que los compañeros os escondan hasta que yo llegue. Debéis abandonar el camión mucho antes de llegar a las instalaciones.

—¿Qué harás tú? —preguntó Cormorán, mientras empujaba a Sheila hacia el interior de una cabina.

—Os abriré la puerta y haré algo para que estos tipos no puedan salir enseguida detrás de nosotros.

Saab corrió hasta la puerta que conducía a los corredores. Soltó unas imprecaciones ante la visión del débil cerrojo. De todas formas, lo echó y luego disparó contra él. El calor derretió el metal. Al menos tardarían así más tiempo en poder entrar.

Cormorán había puesto uno de los camiones en marcha y se dirigía lentamente hacia la cerrada puerta. El terrestre se dirigió hacia los mandos para abrirla. Apenas los hubo manipulado y la pesada puerta de acero empezaba a subir cuando se oyó el profundo aullido de una sirena.

La alarma estaba dada.

El camión ya atravesaba la puerta cuando Saab montó en otro de un salto y lo puso en marcha, dirigiéndolo hacia la puerta que conducía al interior. Lo detuvo junto a ella. Después de estropear los mandos de un golpe con la culata del fusil, bajó.

Mientras se dirigía hacia otro camión sonaron los primeros

disparos desde el interior contra la puerta. Saab se volvió un poco sorprendido, considerando que era demasiado pronto para que el enemigo acudiera. Debían de haber descubierto la fuga de los prisioneros poco antes de sonar la alarma.

La puerta cedió y aparecieron los primeros hombres armados. Saab ya estaba encaramado en la cabina de otro camión y desde allí disparó varias veces su rifle contra sus enemigos. Dos de ellos cayeron fulminados, los demás retrocedieron.

Salíó del garaje con el camión. En marcha, fue disparando con el rifle contra los motores de los demás camiones, inutilizándolos.

Cuando estuvo en el exterior resopló ruidosamente. No veía el camión con Cormorán y Sheila. Le llevaban bastante delantera. Las instalaciones no estaban demasiado lejos y confiaban en que podrían llegar antes que desde los subterráneos avisasen allí de la fuga. Pero lo último que supondrían era que los escapados se dirigían hacia el altiplano.

Saab aceleró a fondo el camión, pensando en llegar a los dormitorios cuanto antes. Si durante los días que llevaba en Drundaer no se había atrevido a utilizar su transmisor para comunicarse con Sordia, a causa de que había descubierto un analizador de ondas, el momento era el adecuado para hacerlo, aunque sabía que ello aumentaba los riesgos.

Zhuock fue despertado violentamente por Guinont, quien le informó rápida y escuetamente de lo sucedido en los subterráneos. El gigante saltó del lecho y se vistió a manotazos, soltando maldiciones, mientras tomaba de encima de una mesa una pistola. Luego salía como una tromba del dormitorio.

—¡Sois unos estúpidos! —gritó a Guinont—. Esos dos presos no han podido huir solos. Han tenido que recibir ayuda, no hay duda.

—Creo que así ha sido, Zhuock. El guardián tenía el cuello roto. Mataron al que iba a relevarlo y luego a dos más cuando intentaban penetrar en el garaje. Nos costó mucho salir de allí. Encontramos un camión en la cuneta de la carretera, a unos dos kilómetros de aquí. El otro lo están buscando.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

—Durante la huida nos inutilizaron casi todos los vehículos. Sólo pensamos en salir a perseguirlos. Nadie cayó en la cuenta de avisar por el comunicador.

—Y ahora piensas que los fugitivos pueden estar por las instalaciones, ¿no? —preguntó, irónico, Zhuock.

—Creo que sí. No pueden salir de Drundaer caminando. A no ser que...

—Termina.

—A no ser que les esté esperando una nave en algún lugar.

—No lo creo. —Se dirigió a los hombres armados que en el exterior del edificio esperaban sus órdenes y les dijo—: Registradlo todo. Tenemos que encontrarlos. Sobre todo a la chica. El jefe se pondrá furioso si consiguen escapar.

Los hombres corrieron en distintas direcciones, en grupos de tres o cuatro. Media docena se quedaron junto a Zhuock, esperando instrucciones especiales para ellos.

Zhuock dijo a Guinont:

—Alguien ha tenido que ayudarles a escapar. ¿Por qué sólo liberó a Cormorán y la chica? ¿Los conocía o simplemente porque eran los únicos que pueden ser curados con medios simples?

Guinont revisó la carga de su pistola y respondió:

—El jefe envió a Sheila porque pensaba que aquí había un posible espía de la U. T. y que se descubriría al verla. Pero nosotros creímos que era Cormorán.

—Yo nunca creí que lo fuera. Cormorán lleva dos meses aquí y Kaafur dijo que el espía sólo puede llevar aquí apenas una semana. La verdad es que no le hice mucho caso, pero ahora tengo que darle la razón. Se me ocurre...

—¿Qué?

—No solamente debemos buscar en los alrededores, sino en todas las viviendas. Empezaremos por los dormitorios.

Guinont miró a su superior, sorprendido al principio. Luego le parecieron lógicas sus palabras y le siguió. Los hombres armados caminaron tras ellos.

El hombre que estaba junto a la ventana anunció a Saab:

—Están corriendo de un lado para otro, compañero.

El terrestre estaba inclinado sobre Sheila. La muchacha había llegado agotada. Le estaba inyectando unos estimulantes, después de suministrarle unas grandes dosis de vacuna antirradiactiva. Hizo lo mismo con Cormorán. Confiaba en poder salvarles.

Saab se apartó de las camas donde reposaban los dos fugitivos. A

su alrededor se apiñaban los trabajadores, a quienes poco antes, a su llegada, Cormorán puso al corriente un tanto someramente. Luego Saab les amplió datos.

Algunos no quisieron dar crédito a las palabras, pero el resto admitió que allí sucedía algo extraño.

—Muchos de vosotros debisteis haber conocido a la mayor parte de los desdichados que están muriendo en aquellos subterráneos. Cuando llegasteis aquí, a ellos los mandaron con engaños a trabajar a miles de metros bajo tierra. Allí acabaréis todos irremediablemente.

—¿Por qué? —preguntó uno.

Saab se encogió de hombros.

—Es obvio —dijo—. La Consolidada extrae de las entrañas del planeta el mineral más rico de la galaxia para impulsar naves a velocidad superlumínica: astrónium.

Casi todos sabían lo que era y ninguno quedó sin palidecer.

—Astrónium —murmuró alguien—, el mineral idóneo para enriquecerlos, capaz de multiplicar por mil la energía impulsora de las naves. Es el más barato, también el más raro... y el más mortal.

—Exacto —asintió Saab—. Está prohibida su explotación en la galaxia. La disposición es vieja, de siglos, cuando supusieron que ningún hombre que trabaja en él puede sobrevivir después de estar una semana expuesto a sus potentes radiaciones. No existe coraza contra él. Además, es muy raro. Pero en Undar hay un gran yacimiento que alguien descubrió y quiso aprovechar. Calculo que habrán sido miles de desgraciados los que ya han perecido allá abajo. —Sonrió tristemente, y añadió—: Creo que los ejecutivos de la U. T. y Sordia sospechaban algo parecido, pero era tan temerario acusar de semejante crimen a sus competidores que no se atrevían a exponer sus temores verbalmente, ni siquiera a mí.

Los temerosos hombres preguntaron a Saab:

—¿Qué pasará ahora?

—No lo sé —respondió el terrestre, fríamente—. La verdad es que no lo sé.

El hombre que se encargaba de vigilar el exterior gritó alarmado:

—Zhuock, Guinont y varios hombres armados vienen hacia aquí. Saab sonrió con amargura.

—Era de suponer que al final pensarían que estaríamos aquí.

Hubiera querido dar a aquel montón de seres alguna esperanza. Pero no podía. Poco antes de entrar en el dormitorio había intentado ponerse al habla con Sordia. Todo fue inútil. La muchacha no le respondía. Parecía no estar junto al receptor. No quiso ni preguntarse qué le podía haber ocurrido, porque bastante problemas tenía ya que resolver.

Se dijo que tal vez no había actuado como debió haberlo hecho. Se precipitó un poco y estaba pagando las consecuencias o a punto de estarlo.

Saab se dirigió a la ventana y vio por sus propios ojos cómo el grupo anunciado por el vigía caminaba resueltamente hacia la edificación. Iban separados, con las armas dispuestas a entrar en acción.

Zhuock, el gigantesco ser, iba delante de todos, avanzando sobre sus grandes piernas.

El terrestre tomó el fusil y disparó.

La energía desprendida del arma estalló a unos metros de Zhuock, quien se detuvo. Los demás hicieron lo mismo.

Saab gritó:

—¡No avancen! El próximo disparo no terminará en el polvo.

9

Transcurrieron unos segundos tensos, casi palpables. Zhuock reconsideró la situación y llegó a la conclusión de que aquel tipo que les había gritado debía estar seguro de su posición, cuando no aprovechaba la sorpresa para matar a alguno de ellos en lugar de intimidarles.

—Tú debes de ser uno de los nuevos —respondió Guinont, que creía reconocer la voz—. ¿Uormon?

—Sí, soy Uormon —respondió Saab—. Mejor dicho, quien ocupa el lugar de Uormon. El verdadero estará ahora en Brundei, en manos de las autoridades.

—¿Qué te propones, Uormon? —le preguntó Zhuock—. ¿Tú ayudaste a escapar a los presos?

—Sí. Y pronto estarán todos en libertad.

—No digas estupideces. ¿Qué insinúas?

—Estáis perdidos, sabandijas. Vuestra máquina de asesinar se ha detenido; pronto llegarán las autoridades locales y después el mismo Orden.

Zhuock estaba verdaderamente preocupado, pero las palabras de Saab hicieron que recobrase la serenidad.

—No has podido avisar a nadie, Uormon o como te llames —gritó Zhuock—. Todo el lugar está rodeado por un interferidor. Ningún transmisor sirve aquí. Creo que te has precipitado en tus acciones. ¿No te parece que aún podemos llegar a un acuerdo?

Mientras hablaban, los hombres de Zhuock se habían estado separando, buscando lugares seguros donde refugiarse. Los demás que estaban buscando por los alrededores estaban regresando, y Saab calculaba que tendría a unos cincuenta enemigos rodeando el dormitorio.

Si el enemigo supiese que sólo él disponía de un arma no dudaría en atacar.

Necesitaba ganar tiempo. Pero enseguida se preguntó para qué. Había pensado que no iban a buscar en el dormitorio. Se había equivocado. Ya no podía seguir adelante con su plan de ocultar a Cormorán y la muchacha y poder atacar días después con más posibilidades de éxito.

Saab sintió enormes deseos de disparar contra Zhuock, que era el único que tenía bajo el punto de mira de su fusil. Entonces las luces que alumbraban las instalaciones se apagaron. Oyó la risa de Zhuock. Procedía de un lugar distinto. Cuando habló, pensó Saab que aquel gigante estaba ya en otro sitio.

—¿No esperabas esto, Uormon? No podrás verme a no ser que dispongas de lentes infrarrojos. —Después de un corto silencio, volvió a decir—: Yo veo perfectamente la ventana desde donde me hablas. Y mis hombres también.

Cormorán se acercó renqueante hasta donde estaba Saab. Era sólo una sombra dentro de aquella estancia, pues el terrestre apagó las luces del interior cuando se acercaron Zhuock y sus hombres. Cormorán tosió y dijo lúgubrementes:

—Debiste habernos dejado allá adentro, amigo. Así tal vez hubieras podido denunciar a estos asesinos. Ahora todo está perdido.

Uno de los trabajadores censuró a Saab.

—Es cierto: todos correremos con las consecuencias.

—Cállate —le dijo Cormorán—. Cuando yo quise marcharme precipitaron mi envío a las minas, estúpido. Allí me enteré que van a aumentar la producción de astrónium y piensan enviaros a todos al fondo antes de una semana. Se acabó la farsa de un falso trabajo en la superficie. Incluso se hablaba de reclutar mujeres.

Tras las palabras del excautivo siguió un total silencio. Solamente se oían las respiraciones jadeantes y temerosas.

—Nos engañaron a todos —casi sollozó uno—. Nos elegían porque saben que nadie va a echarnos de menos. Nos seleccionaban por esto y no por nuestras experiencias en el trabajo.

—Así es —dijo Saab—. Callad ahora. Prestó atención a cualquier ruido procedente del exterior. Saab gritó dos veces insultando a Zhuock, pero sin recibir ninguna respuesta. Aquello no le agradó.

A sus temores, lo que ocurrió poco después le dio debida respuesta. De la total oscuridad reinante que les rodeaba surgieron

figuras fulgurantes que cayeron sobre ellos, saltando por las ventanas y derribando las puertas cerradas de entrada.

La lucha fue confusa y corta.

Cuando las luces se encendieron, Saab estaba derribado y golpeado. Sintió que unos aceros sujetaban sus muñecas y varias manos le alzaban, enfrentándole a Zhuock y Guinont. Este último dijo:

—Sí, es él.

—Entonces era cierto lo que Kaafur dijo respecto a la posible intromisión de un espía —asintió Zhuock—. Tiene que ser así. Conocía a Sheila y no se resistió de liberarla —rió, añadiendo—: Kaafur se pondrá contento cuando se entere de que su idea de traerla aquí para desenmascarar al espía podía ser efectiva.

Zhuock ordenó a los hombres que sacasen a todos los trabajadores de los dormitorios y los reunieran en el exterior. A Guinont le comentó:

—Serán llevados esta misma noche o antes que amanezca a los subterráneos. Sería una locura dejarlos aquí.

Saab, Cormorán y Sheila fueron apartados de los demás y conducidos a las dependencias de los guardianes.

Una vez allí, Zhuock ordenó a uno de sus hombres que quitase el interferidor y avisase a Kaafur de lo sucedido.

—¿Crees que vendrá a Drundaer?

—Estoy seguro —respondió Zhuock—. Por dos motivos. Para conocer al espía y decidir personalmente cómo nos libraremos de él, y también deseará ver cómo se encuentra su vieja amada Sheila. Es posible que cambie de opinión y decida otra cosa respecto a ella en lugar de devolverla a los subterráneos.

Guinont sonrió torvamente cuando preguntó:

—¿Como por ejemplo?

—Quizás ordene que la mandemos a trabajar en las galerías sin traje protector, para que dure menos —terminó Zhuock, soltando una carcajada.

Saab se volvió para mirar a la muchacha, y vio en su rostro un intenso terror. Sus labios se agitaron, incapaces de pronunciar una sola palabra.

En aquel momento entró el hombre enviado por Zhuock para comunicar a Kaafur la situación. Informó:

—Kaafur no está en la ciudad. Me dicen que salió en una nave que acudió a buscarle hace unas horas.

Zhuock y Guinont se miraron.

—¿Acaso se dirige hacia aquí? —preguntó el primero.

—Es posible.

El hombre tosió y añadió:

—Condemiot también viene con él, además de varias personas.

Aquello sorprendió a Zhuock, quien, violentamente dijo al hombre:

—Vuelve a comunicar y pide más detalles. Esto no me lo explico.

—Cálmate, Zhuock —dijo Guinont—. Ya conoces al jefe; sus reacciones a veces son imprevisibles.

Mientras volvía a sentarse; Zhuock dijo lentamente:

—Ojalá no te equivoques. Pero esto empieza a desagradarme.

Mirando al terrestre, le aseguró:

—Si algo empezara a ir mal, tú serías el primero en morir, cochino espía.

Saab volvió la cara para mirar a otro lado. Entonces descubrió al fondo de la habitación una cámara de vacío, transparente, en donde estaban encerrados los cubos metálicos que contenían el astrónium llevado a las instalaciones pocas horas antes.

Al terrestre le desagradaban enormemente los pensamientos que estaban empezando a acudir a su mente. Si le disgustaba el papel de héroe con espíritu de sacrificio era porque repudiaba el tener que morir. Pero no encontraba otra forma de acabar con sus enemigos. Consideró de nuevo su situación. Sabía que no tenía escapatoria. Al menos moriría con el morboso placer de llevarse con él a aquel grupo de desalmados.

Pensó en Sheila, en Cormorán y el puñado de desdichados que en el exterior, vigilados por los guardias, esperaban el momento de ser trasladados a las minas, en donde una segura, larga y dolorosa muerte les aguardaba. Ellos y él estaban condenados.

Volvió a estudiar la cámara de vacío. La total ausencia de aire era el único aislante eficaz que se conocía para el astrónium. Sus potentes radiaciones, concentradas en los cubos metálicos, si eran liberadas, eran suficientes para acabar con todo ser viviente, en pocas horas, en una amplia zona.

La cuestión era ahora cómo romper la cámara. La descomposición repentina destruiría al mismo tiempo el grueso blindaje de los cubos. Los verdugos morirían por la misma causa que perecían lentamente los condenados en las minas, aunque en mucho menos tiempo. La ciencia aún no había descubierto la forma de curar a un ser expuesto durante pocos minutos a las radiaciones procedentes de astrónium puro.

Saab terminó con sus cavilaciones cuando creyó ya conocer la forma de romper la cámara de vacío.

Entonces, cuando empezaba a preparar sus acciones, Guinont se acercó a la ventana y dijo:

—Está amaneciendo.

Era como un aviso para que Zhuock dijese:

—Creo que podemos mandar a los nuevos mineros a sus puestos de trabajo. No olvidemos que Condemiot necesita más energía con urgencia.

Un hombre entró en la habitación, diciendo:

—Se acercan dos naves, Zhuock.

El gigante se volvió hacia él, ceñudo.

—¿Qué naves son esas? —preguntó.

El hombre se acercó a su jefe, susurrándole al oído:

—Una es la nave personal del director. La otra no he podido identificarla.

—¿Ordeno que embarquen a los nuevos mineros en los camiones, Zhuock? —inquirió Guinont, que no había oído el informe del encargado de los detectores.

El aludido negó con la cabeza.

—Aún no. El director llegará aquí en unos minutos. Encerradlos en los almacenes. No los deben ver cuando lleguen las naves.

Zhuock estudió estupefacto a su jefe. Los demás hombres que estaban en la estancia prestaban su atención a las palabras que Zhuock iba a decir, cuando Saab actuó.

El terrestre había estado frotando los aros de acero que aprisionaban sus muñecas mientras sus dedos sostenían una larga y delgada varilla de un reluciente metal extraído de una de sus botas. La punta de la varilla se convirtió en un potente soplete de prolongada lengua de fuego azul.

Moviéndose velozmente, Saab se incorporó y corrió hacia la

cámara transparente, colocándose junto a ella antes que ninguno de los hombres armados pudiera hacer nada por detenerlo.

Cuando empezaron a dirigirse hacia él, les gritó al tiempo que acercaba el fuego a la transparente pared:

—¡No se acerquen! ¿No comprenden lo que puedo hacer?

Saab abrigaba la esperanza de encontrar aún una posibilidad de salvación.

Zhuock contuvo a sus hombres. Luego, lentamente, él empezó a caminar hacia una de las paredes de la habitación, mientras hablaba calmadamente a Saab.

—Debimos registrarte bien, Uormon. Ha sido una estupidez nuestra no hacerlo. Debimos suponer que guardarías en tu persona algún truco.

Algunos guardianes se movieron, empezando a empuñar sus armas. Saab acercó más la llama a la cámara, advirtiéndolo:

—No dudaré en romperla si observo un nuevo movimiento amenazador. Explícales lo que ocurrirá a tus hombres, Zhuock. Es posible que no lo sepan.

Zhuock se apoyó contra la pared. Y sonriendo, respondió:

—Lo saben. Si rompes la cámara, todo el mundo morirá en un radio de cincuenta kilómetros. ¿Por qué no llegamos a un acuerdo, Saab? ¿Deseas que te deje libre?

Saab se humedeció la lengua. Había llegado el momento de pensar rápido y bien. Una sola equivocación, un desliz, podía llevarle a perder la frágil ventaja adquirida. Y entonces no volvería a tener otra oportunidad.

El terrestre se percató del leve movimiento de Zhuock cuando ya era tarde para remediarlo. El gigante había bajado una palanca en la pared que hasta entonces su cuerpo había estado ocultando.

Saab sintió un intenso calor y un sudor frío, gélido, a la vez. Había caído en la trampa como un tonto.

Vio a Zhuock sonreír triunfador mientras volvía al lado de sus hombres. Casi dirigiéndose a Guinont, le dijo:

—Ahora nuestro amigo el espía tendrá que decidirse pronto a aceptar nuestras condiciones. La cámara está perdiendo el vacío que encerraba. Dentro de unos minutos, tal vez cinco, no importará que la rompa. Los cubos no estallarán ya.

Saab les miró con odio. No sabía qué decir. Sólo le quedaba la

alternativa de acercar la llama a la pared transparente ahora mismo o dejarse vencer.

—¿Cuáles son tus propuestas? —preguntó al fin.

Zhuock se tomó tiempo en decir:

—Os llevaremos a ti y tus amigos a un planeta deshabitado, pero con condiciones para vivir en él. No podréis volver a la civilización durante cincuenta años.

—No me gusta eso. —Miró a Sheila y Cormorán y añadió—: Ni creo que a ellos les interese tampoco. Además, ¿qué garantías nos ofreces?

Zhuock se encogió de hombros.

—Comprenderás que no puedo dar ninguna; y no creo que confiéis en mi palabra. Tenéis que fiaros de mí. ¡Suelta la antorcha!

Saab miró a Sheila y Cormorán, atados y sentados en un rincón de la estancia. Quiso consultarlos en silencio. Los dos le respondieron con la mirada que tampoco confiaban en las promesas del gigante.

Cuando se oyó en el cercano campo el ruido producido por las dos naves al posarse en él, Saab calculó el tiempo transcurrido desde que Zhuock activó la palanca que iba anulando el vacío en la cámara. Apenas quedaban tres minutos, durante los cuales aún la descompresión podía romper el blindaje de los cubos. Después de este tiempo su antorcha no le serviría para nada.

Tenía que decidirse pronto, no esperar más tiempo.

Saab forzó una sonrisa que pensó sería la última. Miró a Zhuock y a Guinont, que no pudieron evitar palidecer, y acercó milímetro a milímetro la antorcha a la transparente pared.

Gozó viendo la frustración y el miedo en el rostro de Zhuock. ¿Es que acaso aquel tipo había pensado que él iba a creer sus estúpidas promesas de liberación?

10

Las naves se detuvieron, cortaron el paso de la energía a las toberas y sus puertas se abrieron.

Unos hombres bajaron. También lo hizo una mujer joven. Los guardianes que acudieron hasta los recién llegados se sorprendieron al descubrir las identidades de varias personas. A otras las veían por primera vez. Estos últimos preguntaron por Zhuock. Confusos, respondieron que en el edificio principal de las instalaciones, el primero junto al aeropuerto.

Sordia lo oyó y corrió hacia ellos. Los demás, en compacto grupo, la siguieron.

Mientras, de la segunda nave, la mayor, seguían descendiendo hombres uniformados de azul y armados hasta los dientes, que empezaron a tomar estratégicas posiciones al tiempo que arrebatában las armas a los guardianes de la Consolidada.

La muchacha llegó hasta la casa que le indicaron. Entró en ella violentamente, y corrió por las habitaciones desiertas hasta llegar a la mayor. Lo primero que vio fue a Randolph Saab, en extraña posición, con sus manos esposadas y sosteniendo entre éstas un alambre del que salía una potente llama azul. Estaba apoyado contra una pared transparente, tras la cual se veían apilados varios cubos de metal, plomo posiblemente.

Sordia gritó con todas sus fuerzas porque en una fracción de segundo había comprendido, o al menos así lo creía, lo que estaba pasando allí.

—¡Randolph, quieto, no hagas nada!

Saab detuvo su movimiento de la llama hacia la cámara de vacío, quedando la llama a punto de lamer la frágil envoltura transparente.

Cualquier cosa hubiera esperado Saab excepto la entrada intempestiva de Sordia. No menos quedaron sorprendidos Zhuock y

sus colaboradores.

El gigante anduvo por la estancia desorientado, como queriendo escapar cuando la única salida la cerraba Sordia. Inmediatamente, tras ella aparecieron varias personas.

Asomando un rostro gris y vacilante, el poderoso director de Líneas Consolidadas surgió de entre sus acompañantes y policías de Undar.

Aumont hizo una señal a sus compañeros del consejo de administración de la compañía para que acabasen de entrar. Lo hicieron en silencio, como si al observar lo que se les ofrecía a los ojos fuera suficiente para que comprendieran. Pero Aumont añadió verbalmente:

—La señorita Sordia no mintió, señores. ¿Es preciso algo más para comprender la realidad de lo que ocurre en Drundaer?

Ninguno de los accionistas allí reunidos habló. Estaban casi todos, los que vivían en el planeta o lo suficientemente cerca para haber acudido prontamente a la llamada urgente de Aumont. Se limitaron a asentir a las palabras.

Sordia corrió al lado de Saab, quien respiraba entrecortadamente, sosteniendo aún su improvisada antorcha. Parecía lamentar desprenderse de ella. Cuando los brazos de la muchacha rodearon su cuello, la arrojó al suelo. Y se sintió desfallecer. Pudo murmurar:

—Gracias, gracias. Todo estaba perdido. Actué como un novato, sin meditarlo bien.

Ella le besó, haciéndole callar.

—Calla. Calla ahora. No sé lo que ha pasado, pero si hubiéramos encontrado esto como una simple instalación investigadora... No sé qué hubiera pasado. Si has forzado todo este tinglado, bendito seas.

Saab sonrió. Un policía se le acercó y él tendió sus brazos para que le liberase de las esposas. Otros agentes hacían lo mismo con Sheila y Cormorán, quienes aún no daban crédito a lo que les sucedía.

El terrestre se dirigió a Aumont. El accionista parecía estar aguardando sus explicaciones.

—Encontrarán en un almacén a los hombres que hasta hace poco figuraban aquí como técnicos y trabajadores en investigaciones —dijo Saab. Más gravemente, añadió—: A unos

kilómetros de aquí está la mina de astrónium. En ella, a medio camino de las galerías, verán algo desagradable. Unos tres centenares de hombres, medio consumidos por las radiaciones de astrónium, esperan la muerte o la vida, si aún la ciencia puede hacer algo por ellos.

Un oficial de la policía escuchó a Saab y ordenó prontamente a varios agentes que, después de solicitar nuevos refuerzos a la capital, marchasen al lugar indicado por el terrestre. Entonces dijo a Saab:

—Celebro que el comisario general haya accedido a la extraña petición que nos formuló el señor Aumont. Corrimos el riesgo de equivocarnos y tener luego que presentar disculpas al director de la Consolidada y su ayudante Condemiot, por haberles sacado de la cama y hacerles venir aquí con una simple orden policial.

Aumont intervino, diciendo:

—Así es. Pero debe agradecerle a Sordia, señor Saab, que estemos aquí. Ella estuvo a punto de enrolarse en el grupo de trabajadoras que la Consolidada pensaba contratar, sin duda con la idea de traerlas aquí. Sordia pudo convencerme de las anomalías existentes.

—¿Cómo la creyó? —preguntó Saab—. Otras veces las autoridades investigaron la procedencia de la energía abundante y barata que utilizan las naves de la Consolidada y ningún accionista prestó su colaboración. Es más, todos confiaban en el director.

Ahora eran los policías quienes procedían a esposar al director, Condemiot, Zhuock, Guinont y demás guardianes. Aumont bajó la mirada hasta el suelo para responder a Saab:

—Hace años pusimos dinero para fundar la nueva compañía. Desde el primer momento Lemh Kaafur nos hizo ganar muchísimo dinero. Esto era más que suficiente para nosotros. Nunca nos preocupamos de hacer investigaciones profundas para conocer la causa de la feroz competencia de precios que hacíamos a la U. T. porque obteníamos beneficios a pesar de todo. Al parecer, Kaafur y sus cómplices descubrieron los yacimientos de astrónium hacía tiempo. Como su explotación está prohibida, lo ocultaron todo, tal vez sabiendo que de conocerlo nosotros nos hubiéramos negado a tamaña acción. Mis compañeros y yo, estoy seguro, reconocemos nuestra culpa al tratar de no ver. Estamos dispuestos a reparar todo

el daño que sea posible. Lamentamos que las vidas perdidas durante estos años en las galerías sea ya un mal irreparable.

—Aún pueden hacer algo por los que permanecen encerrados —dijo, con severidad, Saab.

—Así será.

—Pero aún no me ha dicho por qué creyó a Sordia. La muchacha intervino sonriente, cogida del brazo de Saab.

—Le hice ir a los archivos de la compañía, los que están al alcance de los accionistas. Al no estar allí registrada en ninguna parte esta zona de Drundaer, era obvio pensar que alguien tenía especial interés en mantenerlo en secreto. Entonces el señor Aumont avisó a la policía, exponiendo el caso llanamente. El comisario general de Undar se resistía a sacar de sus domicilios a Kaafur y Condemiot.

—¿Cómo terminó haciéndolo?

—Le amenacé con solicitar la intervención del Orden, alegando ilegalidad en el proceder de la Consolidada y la policía del planeta.

Saab arrugó el ceño.

—Eso hubiera sido difícil. ¿Qué garantías de reparación por perjurio hubieras ofrecido tú en caso de obligar al Orden a una inspección profunda y ésta hubiese resultado negativa?

Sordia le sonrió con picardía, explicando:

—Mi nombre completo es Sordia Luppo. ¿No te has extrañado anteriormente de los amplios poderes de decisión que siempre he tenido? ¿No iba mi padre, Aakon Luppo, a apoyarme?

—Eres una condenada enredadora —repuso Saab, estrechándola fuertemente por la cintura.

La pareja anduvo hacia la salida. Sheila y Cormorán se les acercaron. Debían de querer darles las gracias, pero la emoción de verse libres no les permitió otra cosa que expresar su agradecimiento con los ojos. Fue suficiente. Saab estrechó sus manos y continuó caminando.

Se cruzó con el director. Kaafur parecía haber perdido el don del habla. Saab se detuvo ante él y lo miró largamente, como si quisiera grabar en su mente el prototipo de lo más bajo a que podía llegar un ser humano en sus ambiciones.

—Ignoro el castigo que le reservan las leyes del planeta, Lemh Kaafur —dijo—. Ojalá el tribunal las cambiase por una vez y le

condenara a vivir en las galerías hasta que muera. —Miró a los cómplices y agregó—: Y ustedes podían acompañarles.

Asqueado por la presencia de aquellos hombres, Saab terminó por salir de la habitación, pero recomendando al oficial:

—Ya deben saber cómo proceder con el material que hay en los cubos. Pueden ya sacarlo sin peligro alguno. Zhuock desactivó el vacío de la cámara.

El oficial asintió y respondió:

—Descuide. El astrónium será entregado al Orden Imperial para su destrucción. Aunque yo estoy de acuerdo con su teoría en parte para castigar a estos criminales, Saab. Pero yo se los haría tragar.

Saab apretó la mano que le tendía el oficial, y dijo como despedida:

—Reconozco que su idea es la mía.

En el exterior, Aumont corrió para alcanzarles.

—Nosotros nos quedaremos aquí aún bastante tiempo. Esperaremos que lleguen los jueces para levantar el acta correspondiente. Pueden utilizar la nave de Kaafur. No creo que la vaya a necesitar. Pasarán unos días antes de que tengan que prestar declaración. Mientras tanto deben descansar. ¿Por qué no se marchan del planeta y regresan cuando los necesitemos?

Saab miró a Sordia. Y ambos se sonrieron cuando el primero preguntó:

—¿Nos sugiere que utilicemos un transporte estelar de la Consolidada?

Aumont sonrió con amplitud.

—¿Por qué no? El grupo de culpables es reducido. La inmensa mayoría de nosotros nada sabíamos. Queremos, o al menos lo intentaremos, que la compañía siga existiendo, aunque no podamos ya a partir de ahora hacer una feroz competencia a la de su padre, señorita Luppo.

Sordia se acercó a Aumont e inesperadamente le besó. Dijo:

—Éste es su premio por creerme. Gracias. Nos volveremos a ver.

Aumont se acarició la mejilla.

—Es el mejor regalo. Adiós.

Muy juntos, Saab y Sordia caminaron hacia la nave que les esperaba para llevarles primero a la ciudad y luego lejos de Undar, al que tardarían en volver. Las pruebas eran tan evidentes contra

Kaafur y sus cómplices que de poco servirían sus testimonios. A ambos les esperaban días de paz y amor.

Mientras la lujosa nave partía, en el departamento de pasajeros, Saab proponía a Sordia:

—¿Rengelt? Recuerdo que todavía tengo una tarjeta personal para utilizarla allí.

—¿Olvidas que no sirve para las salas de juego?

Saab torció el gesto. Inmediatamente lo alegró y dijo antes de estrecharla con fuerza:

—Pero servirá para pagar la elevada cuenta de la *suite* más cara del hotel

Nova-Lux

. Allí existe una con caída libre que...

Terminó susurrando al oído de Sordia las ventajas de amarse en la ingravidez. Ella casi no le dejó terminar, retozando entre sus brazos y proporcionándole un grato adelanto.

Con languidez, Sordia murmuró:

—Sólo accederé a acompañarte si...

Saab brincó alarmado.

—¿Pones condiciones? —preguntó bromeando.

—Claro que sí, grandísimo tonto —rió ella—. ¿Es que olvidas que aún posees el rostro de Uormon?

FIN